

# NEWMANIANA

---

AÑO XII- NUMERO 35

MAYO 2002

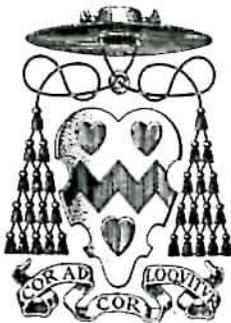
---



*Ex umbris et imaginibus in veritatem*

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina

# NEWMANIANA



Año XII - N° 35

Mayo 2002

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

Colaboraron en este número

Marta Chemes

Dra. Inés de Cassagne

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Calle 24 N° 1630 (1900) La Plata -

Pcia. Buenos Aires República Argentina

## Sumario

### Editorial

La crisis argentina y algunos textos newmanianos . . . 2

### Sermón

Introducción: Tres sermones sobre los Apóstoles . . . . 4

▪ Los decretos divinos (festividad de San Matías) . . . 5

▪ La cobardía religiosa (festividad de San Marcos) .10

▪ Los testigos del Evangelio (festividad de San Felipe y Santiago, Apóstoles) . . . . .14

Traducción y revisión de Marta Chemes y P. Fernando M. Cavaller

### Poesía

Santiago y Juan . . . . .23

Traducción de Jorge Ferro

### Antología del International Newman's Friends

Seguro en las manos de Dios . . . . .24

### Históricas

Martín y Máximo . . . . .26

Traducción de Inés de Cassagne

## ORACION

*Por la beatificación del Cardenal Newman*

*Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por*



*ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.*

# La crisis argentina y algunos textos newmanianos

Pedimos perdón por la demora en publicar el primer número cuatrimestral este año, que es debida a la situación que todos conocemos y sufrimos en la Argentina. Pero este mismo cuadro de situación nos invita a buscar algunos textos de Newman que pueden abrir una vez más el corazón creyente a la esperanza cristiana, actitud sobrenatural que es la única respuesta posible que logra interpretar el fondo o la causa última de los problemas de la vida de los pueblos, y proyectar una luz hacia las soluciones futuras. Newman no tuvo, hasta donde sabemos, ninguna relación o conocimiento especial de nuestra Patria, pero como todos los hombres santos que conforman la historia de la Iglesia católica, es decir, universal, es modelo de creyente, y maestro en la fe, en este caso pastor ejemplar, y gran educador de personas. Su personalidad y pensamiento adquiere, por tanto, una dimensión que va más allá de su tiempo y del entorno geográfico en el que nació, vivió y murió. Se constituye en un hombre para todas las épocas, en fuente de sabiduría cristiana, más aún en los momentos en que atravesamos la prueba y el desconcierto. Veamos algunos textos suyos. Leemos, por ejemplo, en su *Apología*:

*“Consideremos el mundo en toda su extensión: su variada historia, las numerosas naciones humanas, cada una con sus propios orígenes y su suerte diversa, extrañas unas respecto a otras y en conflicto mutuo...; la grandeza del hombre y su pequeñez, sus elevadas aspiraciones y la corta duración de su existencia...; el predominio e intensidad del pecado, la difusión de la idolatría, las corrupciones, la irreligión triste y sin esperanza... Todo esto constituye una visión desalentadora y terrible, y sugiere al espíritu un misterio profundo que está mucho más allá de cualquier solución humana. ¿Qué podemos decir acerca de esta realidad que traspasa el corazón y confunde a la razón? Solo puedo contestar que, o bien no hay Creador, o bien la sociedad humana está realmente privada de su presencia... Pero si Dios existe, puesto que existe, entonces es que la humanidad se ha visto afectada des-*

*de el principio por alguna terrible calamidad, y se encuentra ahora al margen de los designios de su Creador. Esto es un hecho tan verdadero como el de su existencia. Y así, la doctrina de lo que teológicamente se denomina pecado original resulta para mí tan cierta como la existencia del mundo y la existencia de Dios (pp 241-243).*

Encontramos algo de gran actualidad en una de sus conferencias en Dublín (*Idea de una universidad*):

*“La economía política... si es estudiada en ella misma, con independencia de la norma proporcionada por la verdad revelada, conducirá ciertamente a los que se ocupan de ella a conclusiones no cristianas. La Sagrada Escritura nos dice con toda claridad que «la codicia», o más literalmente, el amor al dinero, «es la raíz de todos los males» (1 Tim 6, 10). El cristiano tiene el deber de trabajar, sí, pero de trabajar para atender la propia subsistencia y la de los suyos; y tiene también el deber de ser vigilante con respecto a la riqueza, tanto privada como pública... He aquí el campo que el especialista en economía política tiene derecho a ocupar. Su competencia no se extiende a determinar si la riqueza ha de ser obtenida no importa de qué manera, o si conduce por ella misma a la virtud o constituye el precio de la felicidad. Eso sería traspasar los límites de su disciplina (86-87).*

Transcribimos ahora pasajes de un célebre sermón predicado en 1832 titulado “La responsabilidad humana, ineludible” (*University Sermons, VIII*):

*“Nuestros primeros padres tuvieron la tentación original de demostrar su libertad, usándola sin tener en cuenta la voluntad de Aquel que se la dio. La excusa original que ellos presentaron después de pecar fue que no eran realmente libres y que habían actuado bajo una influencia que los dominaba, la sutileza del tentador. Pecaron para independizarse de su Creador; explicaron su pecado por la razón de que eran independiente de Él. Y este ha sido desde entonces el proceder del orgullo ilegítimo y de la concupiscencia desenfrenada: primero, gloriarnos de nuestra*

incontrolable libertad de deseos y de conducta; luego, cuando nos hemos estropeado a nosotros mismos, alegar que somos esclaves de la necesidad.

En consecuencia, ha correspondido siempre a la religión el oficio de protestar contra las argucias del maligno, y de conservar vivo el recuerdo de las verdades que se corrompen cuando el corazón se cierra a la fe: la libertad del ser humano, inseparable de su responsabilidad; la soberanía del Creador; la supremacía de la ley de la conciencia como representante suyo dentro de nosotros; y la importancia secundaria de las circunstancias externas en el juicio que se pronunciará en definitiva sobre nuestra conducta y sobre el carácter personal que nos hemos formado.

Que hemos de dar cuentas de lo que hacemos y de lo que somos, que a pesar de todas las ayudas y obstáculos procedentes del exterior de la propia persona, cada uno es la causa de su felicidad o de su desdicha, es una verdad certificada tanto por la naturaleza como por la revelación... *Elogio al obediente, castigo al transgresor, es la norma revelada de la acción de Dios desde el comienzo hasta la consumación de todas las cosas. Ni la caída de Adán la abolió, ni los dones misericordiosos del Evangelio la dejaron de lado...* «Cada uno debe llevar su propia carga... No os engañéis; de Dios nadie se burla; lo que cada uno siembra, eso cosechará» (Gal 6, 5-7)... Además, tenemos formulados de una manera inconfundible los límites de las ayudas y obstáculos externos. Por lo que se refiere a estos últimos: «Dios es fiel y no permitirá que seáis puestos a prueba por encima de vuestras fuerzas; al contrario, junto con la prueba es proporcionará fuerza para poderla resistir» (I Cor 10, 13). Por lo que se refiere a la naturaleza corrupta con la que hemos nacido: «nadie diga en la tentación: 'Es Dios quien me inclina al mal'. Cada uno es incitado al mal por su propia pasión que le arrastra y le seduce» (Sl 1, 13).

Echar la culpa a las circunstancias en que nos encontramos es la excusa corriente de que disponemos cuando nuestra conducta merece reproche en algún punto concreto. Sin embargo, hasta el moralista pagano vio que son voluntarias todas aquellas acciones en que nosotros somos, de alguna manera en último término, el principio activo; y que el elogio y la reprobación se otorgan, no por la manera como nos hubiésemos comportado si las circunstancias hubiesen sido diferentes, sino según nuestra conducta real siendo las cosas como son. En un comentario sobre las mercancías arrojadas por la borda en una tempestad, observa "que tales actos deben considerarse voluntarios, por ser objeto de nuestra elección en el momento en que se realizaren, pues decidimos nuestra conducta según la situación crítica en que nos hallamos". La verdad es que nada es tan fácil para la imaginación como el deber en abstracto, es decir, el deber nominal y no real. Cuando adquiere una forma precisa y efectiva, cuando llega a nosotros rodeado de detalles concretos (y es obvio que no puede

llegar de ninguna otra manera), es entonces cuando se vuelve difícil y penoso. Las circunstancias son la verdadera piedra de toque de la obediencia. Sin embargo, siendo esto tan sencillo de ver, lo más común es imaginar que nuestra situación concreta es especialmente ardua, y que seríamos mejores y más felices en cualquier otra...

Nuestra filosofía mundana y nuestros alegatos ingeniosos de nada nos van a servir el día en que los cielos desaparecerán como se arrolla una hoja de pergamino, y todos los que no van revestidos con el traje de bodas de la fe y el amor se quedarán sin habla (Mt 22, 12). Ha llegado ciertamente la hora de despertarnos del sueño, de arrojarnos de nosotros las sombras de la noche, y de caer en la cuenta de nuestra personalidad individual, y de la venida de nuestro Juez. «La noche se acaba, el día se acerca» (Rom 13, 12); «vivid sobriamente y velad para dedicaros a la oración» (I Pe 4, 7).

O también recordemos estas palabras de otro sermón universitario, titulado "La justicia, atributo de la acción divina", del mismo año 1832 (*University Sermons*, VI).

"La ignorancia de los males humanos es la falta propia de épocas de paz y seguridad política, cuando el mundo se mantiene entero, al no sufrir sacudidas profundas que lleguen a perturbar la placidez de su superficie, la cual de momento nos ofrece un cuadro coherente y acabado. Cuando las leyes de un país se aceptan y obedecen, y la propiedad está segura, el mundo da la impresión de realizar aquel ideal de estabilidad y permanencia que presentaba a nuestra imaginación juvenil. La naturaleza humana aparece más amable de lo que realmente es porque no hay frustraciones que la pongan a prueba, aparece más justa porque entonces su interés consiste en respetar los derechos de los demás; más benévola, porque lo puede ser sin renunciar a nada. Las advertencias que se hallan en los relatos bíblicos, sobre la maldad y corrupción del corazón desde el origen, caen con el tiempo en el olvido; o, más bien, las mismas narraciones se aducen como prueba de lo mucho mejor que está el mundo ahora: mucho más ilustrado, refinado, intelectual y noble que lo que fue; y esto no sin cierto sentimiento secreto de menoscabo hacia quienes escribirían los hechos simples que constan en la Biblia; dando a entender que hubiese sido más prudente y humano no decir nada de aquel estado de cosas, aún cuando fuera tan malo como nos lo cuentan.

Aunque esta opinión superficial sobre la naturaleza humana resulte medianamente verosímil en tiempos de paz, sirva de argumento capcioso, y se ensaye inocentemente en los raros y breves intervalos de tranquilidad en un país, basta que surja la tribulación o la persecución para que se descubra enseguida su estupididad. No es más que una teoría, no puede enfrentarse con las dificultades, no comunica fortaleza ni altura de miras, nadie se siente atraído por ella".

---

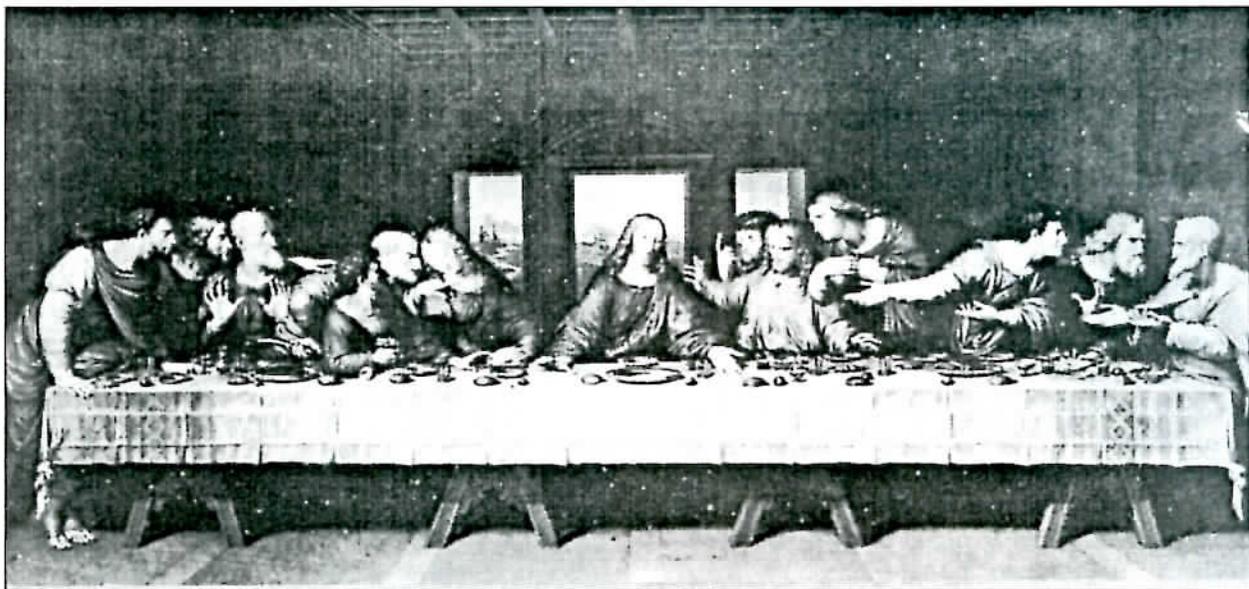
Plain and Parochial Sermons, vol. II, 1, pp 1-12 predicado el 30 de noviembre de 1830

# Tres sermones sobre los Apóstoles

## Introducción

Hay que señalar la decisión expresa que Newman tenía de ajustar la predicación a la Liturgia de la Iglesia, propósito que sería uno de los pilares del Movimiento de Oxford, así como la referencia a la primitiva Iglesia con la cual se pretendía revitalizar la vida de la por entonces decaída iglesia anglicana. De los ocho volúmenes que recogen los *Parochial and Plain Sermons* escritos y predicados por Newman en Oxford, entre 1825 y 1843, tres de estos volúmenes los ordenan según la Liturgia. El V y VI lo hacen según los tiempos litúrgicos de Adviento, Navidad, Epifanía, Septuagésima, Sexagésima, Quincuagésima, estos tres hoy cambiados por la primera parte del llamado Tiempo durante el Año, Cuaresma, Pascua, Ascensión, Pentecostés y Trinidad. El volumen II recoge, en cambio, los predicados en ocasión de las Festividades, algunas del Señor (también de Epifanía, Pascua, Ascensión y Pentecostés) pero agrega las de la Virgen Santísima (la Purificación y la Anunciación), además de las de varios Santos.

Entre estos últimos hemos elegido tres que integran una serie de sermones referidos a los Santos Apóstoles del Señor. Ya hemos publicado dos el año pasado, y continuaremos en los próximos números. Por supuesto, la ocasión de cada Festividad da oportunidad a Newman para desarrollar algún aspecto de la fe o de la vida cristiana con su característica penetración de los misterios de Dios, de la situación del mundo y de la conducta que debe seguir un cristiano en él, como miembro de la Iglesia Apostólica. El último de los sermones escogidos presenta una verdadera exégesis bíblica para mostrar la concordancia entre la prédica evangélica de los Doce y San Pablo. Cabe notar aquí el conocimiento que Newman tenía de la Escritura y su forma de citarla, con aquella naturalidad y paralelismos como lo hacían los Santos Padres.



*Jesús y sus doce apóstoles, según copia realizada por Marco d'Oggione de "La última Cena" de Leonardo da Vinci*

Parochial and Plain Sermons II, XI pp 117-126  
 predicado en St Mary, Oxford, el 24 de febrero de 1832

## Los decretos divinos

Festividad de San Matías, Apóstol

*“Guarda firmemente lo que tienes para que nadie te arrebatte la corona” (Apocalipsis 3, 11)*

La festividad de San Matías es la única que se celebra con sentimientos mezclados de gozo y de dolor, porque se relata, en este día, la caída de uno y también la elección de otro Apóstol: San Matías fue elegido en lugar de Judas el traidor. En la historia de este último tenemos registrada la advertencia, en el hecho mismo, que nuestro Señor nos da en el texto bíblico inicial, “Guarda firmemente lo que tienes, para que nadie te arrebatte la corona”. Y sin duda, muchas fueron las advertencias similares que nuestro Señor dirigió al desdichado que al final le traicionó. No solo

lo llamó a la reflexión y al arrepentimiento por medio de insinuaciones indirectas durante la última Cena, sino que también en Sus discursos previos a esta, bien podemos suponer que se refirió al caso de Su discípulo apóstata. “Velad, pues, dijo, “no sea que volviendo de improviso, El os encuentre durmiendo” (Mc 13, 35). He llamado a Judas desdichado porque no debemos hablar de los pecadores conforme a un modo falsamente caritativo por el que se los llama desafortunados en lugar de malvados, no sea que así aprendamos a excusar el pecado en nosotros mismos. Indudablemente,

Judas fue inexcusable, como lo seremos nosotros, si seguimos su ejemplo. Más aún, no debemos verlo con piedad, sino con temor y pavor.

La reflexión que surge en la mente al considerar la elección de Matías, es esta: ¡con cuánta facilidad Dios puede concretar Sus propósitos sin nosotros, y reemplazarnos, si le desobedecemos. Ocurre con frecuencia que aquéllos que han gozado durante largo tiempo del favor Divino se sienten seguros de sí mismos y se vuelven presumidos. Creen que tienen su salvación asegurada y que Dios necesita de su servicio, cuando la realidad es que El lo ha aceptado por Su gracia. Se consideran personalmente indispensables para Sus planes de misericordia manifestados en Su Iglesia; y así señalan que si ellos cayesen, Su Palabra fallaría. Llegan a pensar que tienen algún título o interés peculiar en Sus promesas, por encima de los demás—no importa cómo lo obtuvieron, si por decreto divino o, por otro lado, por su propia santidad especial y obediencia—pero en la práctica, les ofende la suposición misma de su posible caída. Ahora bien, este sentimiento de la propia importancia está reprimido en toda la Escritura, y en particular por los acontecimientos que hoy conmemoramos. Consideremos este tema.

Elifaz, el temanita, responde así a Job, que en su angustia manifiesta su debilidad y se impacienta por la corrección de Dios: “¿Puede el hombre ser útil a Dios? Solo a sí mismo es útil el sabio. ¿Qué provecho tiene el Todopoderoso de que tú seas justo?” (Job, 22, 2, 3). Las etapas de la Historia de la Salvación, como están relatadas en la Escritura, nos mostrarán que, en Su trato con nosotros, Sus creaturas racionales, Dios no se rige por ninguna regla incondicional que nos haga absolutamente suyos desde el principio, sino que, como “no hace acepción de personas”, por el contrario, la justicia y el juicio son la base de Su trono, y que quien quiera se rebele, ya sea Arcángel o Apóstol, de inmediato se priva de Su favor, y esto, aun por el bien de aquéllos que no se rebelan.

No mucho antes de la caída y traición de Judas, Cristo pronunció una bendición sobre todos los doce Apóstoles, incluido el traidor. “Vosotros, los que Me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de Su gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel” (Mt 19, 28).

¿Quién no habría pensado, que por esta promesa en sí misma, Judas estuvo seguro de la vida

eterna, y sin referencia a la Regla eterna de Dios la cual está siempre sobrentendida, aun cuando no está enunciada formalmente? En verdad nuestro Salvador agregó, como si aludiera a Judas, “muchos que son los primeros serán los últimos”; pero no dijo nada para desengañar a estos que podrían negarse a consulta y aplicar la ley fundamental de Su providencia imparcial. Todos Sus doce Apóstoles, por la letra de Sus palabras, estaban, aparentemente predestinados a la vida; sin embargo, en pocos meses, Matías obtuvo el trono y la corona de uno de ellos. Hay algo notable en la circunstancia misma de que Nuestro Señor haya completado el número de los doce después que uno de ellos hubo caído; y, tal vez, pueda estar contenido en esto, cierta alusión simbólica del alcance de Sus decretos, que no podemos comprender totalmente. Con seguridad, si le hubiera complacido, once habrían dado cumplimiento a Su propósito, igual que doce. ¿Por qué cuando uno hubo caído, completó con exactitud el número perfecto? Y esto se dio no solo en el caso de los Apóstoles, sino también en aquel de las doce tribus de Israel: cuando El rechaza a una, divide en dos a otra (Ap 7). ¿Por qué es esto, sino para mostrarnos, como parece, que en nuestra elección, no nos ve como meros individuos, sino como un cuerpo, como un todo definido, del cual las partes pueden cambiar en el proceso de su separación de este mundo pecador, según cierto designio glorioso y armonioso para nosotros, que somos los objetivos inmediatos de Su generosidad, y seremos el fruto de Su amor, si somos fieles? ¿Por qué, si no para mostrarnos que El puede hallar aun otros Apóstoles para que sufran por El, y, mucho más, siervos para ocupar Sus tronos inferiores, si somos deficientes y transgredimos Su ley rigurosa y santa?

Este es uno de los muchos ejemplos de la Historia revelada de Su gobierno moral. En el caso de los israelitas estuvo a punto de ejemplificar la misma Regla, cuando Moisés detuvo Su mano. Dios se propuso destruirlos cuando se rebelaron, y no hacer de la descendencia de Moisés una gran nación. Esto ocurrió dos veces (Ex 32, 32-33; Nm 14, 20-21). La segunda vez, Dios declaró cuál era el fin que tenía en vista, para cumplir el cual los israelitas eran solamente Sus instrumentos. “yo perdono conforme a tu palabra; pero juro por Mi vida, que toda la tierra estará llena de la gloria del Señor”. Y nuevamente, en una ocasión previa, dio la Regla de relación con ellos. Moisés deseó por el



*Moisés, por Miguel Angel. Iglesia San Pietro in vincoli, Roma.*

bien de Su pueblo ser él mismo excluido de la tierra prometida: “Pero ahora perdona su pecado; y si no, bórrame de Tu libro que has escrito, te lo ruego. Y el Señor respondió a Moisés: “Al que haya pecado contra Mí, a este lo borraré de Mi libro”. Desde el principio El nos ha mostrado claramente que Su propia gloria es el Fin, y la justicia la Regla esencial de Su providencia.

También Saúl fue elegido, y se creyó seguro. Su proceder evidenció claramente la obstinación de un monarca independiente, en lugar de reconocerse a sí mismo un mero instrumento de los propósitos de Dios, un mero ministro de Su gloria, bajo la obligación de la ley del bien y del mal, y solamente fuerte si está gobernado por Aquél que lo formó. Y así, cuando pecó, Samuel le dijo: “Has obrado neciamente: no has guardado el mandamiento del Señor tu Dios... pues el Señor estaba ya por establecer tu reino sobre Israel para siempre. Pero ahora tu reino se mantendrá: el Señor se ha buscado para Sí un hombre según Su corazón”. (I Sm 13, 13, 14). Y también, respecto a Saúl, “El Señor te ha arrancado el reino de Israel y se lo ha dado a un prójimo tuyo que es mejor que tú” (I Sm 15, 28).

De igual manera, también Cristo condenó a los judíos con Sus propias palabras: “A esos miserables les daré una muerte miserable y arrendaré su

viña a otros viñadores, que le paguen los frutos a su tiempo” (Mt 21, 41). Considerad qué ejemplo sorprendente se formaron los judíos de la Regla general que estoy señalando, cuando les fue dado el Evangelio. Los judíos consideraron muy duro el hecho de que fueran rechazados, y así lo demuestran las Epístolas de San Pablo. No temblaron al proclamar, que si Jesús era el Cristo y los gentiles igualados a ellos, quedaba quebrantada la promesa de Dios. Es de imaginar cuán enérgicamente debieron haber defendido las profecías del Antiguo Testamento, que parecían asignar irreversiblemente a los israelitas de nombre, honor y poder (por no decir honor y poder temporales). Lamentablemente no buscaron ni emplearon la única evidencia que les fue concedida para su vida religiosa, de entre los misterios, tanto de la Escritura como del mundo: la única Regla solemne de las relaciones de Dios con Sus creaturas. No buscaron escuchar la voz silenciosa que habla bajo las etapas de la Historia de la Salvación, clarísima para aquéllos que la escuchan en medio de intrincados caminos de la providencia de Dios y Sus promesas. Pero para los judíos fue hablar duro, aunque estaba impreso en el corazón por naturaleza y referido en la Revelación como la base sobre la cual Dios ha establecido todos Sus decretos. San Pablo les respon-

de dirigiéndose a sus conciencias cuando se quejaron. “Dios, dice, dará a cada uno según sus obras: a los que por la perseverancia en el bien obrar busquen gloria, honor e inmortalidad: vida eterna; mas a los rebeldes, indóciles a la Verdad y dóciles a la injusticia: indignación y cólera. Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obre el mal: del judío primeramente y también del griego; en cambio, gloria, honor y paz a todo el que obre el bien; al judío primeramente y también al griego; porque no hay acepción de personas en Dios” (Rm 2, 6-11).

Tal fue la Regla invariable del gobierno de Dios, como la propone San Pablo al explicar la elección de los judíos, y la añade a su discurso sobre los cristianos. Como fue la Alianza Mosaica, así también es la Evangélica: sin acepción de personas; por cierto, mucho más rica en privilegio y promesa que la Antigua Dispensación, pero teniendo en su parte principal la misma confesión original de retribución imparcial: “Paz a los hombres que obren el bien”, “cólera a los desobedientes”; predestinando a la gloria, caracteres no personas, garantizando el don de perseverancia no a individuos, sino a un cuerpo del cual sus miembros podrían cambiar. Esta es la doctrina que nos presenta el Apóstol al que le fue revelada de manera extraordinaria la naturaleza de la Alianza Cristiana, su peculiar bendición, sus dones y promesas. La nueva Alianza no fue hasta aquí, diferente a la Antigua, como hoy quieren afirmar ciertos argumentadores.

Otro testimonio sobre el tema lo da el Evangelista preferido, que cerró y perfeccionó finalmente el libro de las revelaciones de Dios, después de la muerte de sus hermanos. “He aquí que vengo presto, y Mi galardón viene conmigo para recompensar a cada uno según sus obras... Dichosos los que guardan Sus mandamientos, así podrán tener derecho al árbol de la Vida, y a entrar por las puertas en la Ciudad” (Ap 22, 12, 14).

Y un tercer testimonio de que la elección cristiana es, como la judía, condicional, es la propia declaración de nuestro Señor, que dejó después de El a Sus Apóstoles cuando se estaba yendo de este mundo, como lo ha escrito el mismo Evangelista. “Si alguno no permanece en Mí, es arrojado fuera como el sarmiento y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y se queman”. Y, para que las mentes intranquilas y maldispuestas no alberguen nin-

guna oposición a esta proclamación solemne bajo cierta supuesta oscuridad en la expresión “permanecer en El”, y digan que nadie permanece en El sino solo los predestinados, Cristo agrega, para remover toda duda: “Si guardáis Mis mandamientos, permaneceréis en Mi amor” (Jn 15, 1-16).

Y por último, para completar la solemne proclamación de Su Regla Eterna, la ejemplificó cuando habló refiriéndose a un Apóstol. El sabía bien a quiénes había elegido; sabía que “no todos estaban limpios”, que “uno de ellos era un diablo”; sin embargo, eligió a doce, como para demostrar que las almas elegidas para la vida eterna también pueden apostatar. Así, en el caso de los mismos Apóstoles, en la fundación de Su Iglesia, puso en lo profundo de sus corazones la advertencia seria y misericordiosa, si tenemos la suficiente sabiduría para establecerla en el corazón, de “no seáis altivos, sino temed, ¡porque si Dios no perdonó a los Apóstoles, tampoco os perdonará a vosotros!

¡Qué solemnes y abrumadores pensamientos debe haber tenido San Matías, cuando recibió los saludos de los once Apóstoles, y tomó su lugar entre ellos como su hermano! Su misma elección era un testimonio contra sí, si no la cumplía. Y tal será el nuestro de acuerdo a nuestra circunstancia. Nosotros también tomamos el lugar de otros que han partido antes, como lo hizo Matías: somos “bautizados por los muertos”, ocupando los rangos de soldados, algunos de los cuales, por cierto, han luchado el buen combate, pero muchos otros, en todos los tiempos, anulan su vocación. Muchos son los llamados, pocos los elegidos. El pecado y la increencia, como monumentos, nos rodean por todo lados. El rechazo de los judíos fue la reconciliación de los gentiles. La caída de una nación es la conversión de otra. La Iglesia pierde viejos sarmientos para ganar nuevos. Dios obra según Su complacencia inescrutable; ha dejado el Oriente y se ha manifestado en Occidente. Así, los cristianos de todas las épocas no son sino los sucesores de los que se perdieron y de los muertos. Cuánto tiempo nosotros, los de este país, tendremos la custodia del Evangelio, no lo sabemos; pero mientras tengamos ese privilegio, podemos estar seguros de que solamente estamos en el lugar de los cristianos que han caído completamente o están tan corruptos que han dejado de ser luz que ilumine a los hombres. Ahora somos testigos de la Verdad, y nuestra gloria misma es nuestra advertencia. Las supersticiones, las impiedades, la



*San Juan evangelista.*

indiferencia del mundo llamado cristiano, nos llaman a ser humildes al mismo tiempo que predicamos con alta voz y temblamos al mismo tiempo que nos regocijamos.

Contemplemos al Único que puede prevenirnos de caer todos, como Iglesia y como individuos. Miremos con corazón sencillo a Cristo nuestro Salvador, y abandonémonos en Sus manos, porque de El deriva toda nuestra fortaleza y sabiduría. Evitemos los principios de la tentación; vigilemos y oremos para no caer en ella. Evitando todas las especulaciones que pesan sobre nosotros, vayamos tras lo que tiende a edificar. Recibamos en nuestros corazones la gran verdad de que nosotros, que hemos sido aceptados y santificados gratuitamente

como miembros de Cristo, en lo futuro seremos juzgados por nuestras obras hechas en El y por El; que los Sacramentos nos unen a El y que la fe pone de manifiesto la fuerza oculta en ellos, desbordando en perdón y gracia. Más allá de esto no podemos inquirir nada más. De qué manera una persona persevera y otra cae, cuáles son los límites exactos y el carácter de nuestra naturaleza corrupta, son preguntas demasiado sutiles. Mientras sepamos con seguridad que si bien no podemos nada por nosotros mismos, no obstante, esa salvación está en nuestro poder, por más profunda y expandida que esté la raíz del mal en nosotros, la gracia de Dios es suficiente para nuestra indigencia. ✠

# La cobardía religiosa

Festividad de San Marcos evangelista

*“Levantad las manos caídas y las rodillas entumecidas”*  
(Hebreos 12, 12)

Las características más importantes de la historia de San Marcos son las siguientes: primero, que era el hijo de la hermana de Bernabé, y que fue llevado con él y San Pablo en su primer viaje apostólico; segundo, que poco después los abandonó y retornó a Jerusalén; tercero, que después de un tiempo, fue el asistente de San Pedro en Roma donde compuso su Evangelio, principalmente según los relatos de este Apóstol; y por último, que fue enviado por Pedro a Alejandría, Egipto, donde fundó la más rigurosa y poderosa de las iglesias de los tiempos primitivos.

Las características de contraste de su historia son las siguientes: primero, que abandonó la causa del Evangelio tan pronto apareció el peligro; después de esto, evidenció ser no meramente un cristiano corriente, sino un muy resuelto siervo de Dios, fundando y gobernando esa rigurosa Iglesia de Alejandría. Y el instrumento de este cambio fue, aparentemente, el influjo de San Pedro, restaurador apropiado de un discípulo tímido y reincidente.

El estímulo que sacamos de estas circunstancias de la historia de San Marcos es que, por la gracia de Dios, el más débil de entre nosotros puede hacerse fuerte. Y la advertencia para extraer es desconfiar de nosotros mismos, y también, no despreciar a los hermanos débiles, ni desesperar de ellos, sino sobrellevar sus aflicciones y ayudarles a seguir adelante, si así podemos rescatarlos. Ahora bien, consideremos atentamente el tema que se presenta ante nosotros.

Algunos hombres son por naturaleza impetuosos y activos; otros aman la tranquilidad y ceden prontamente. Los demasiados fervientes deben ser

moderados, y los indolentes deben ser animados. La historia de Moisés nos brinda un ejemplo de un espíritu orgulloso y arrebatado, doblegado a un comportamiento de extrema bondad. En la grandeza del cambio obrado en él, cuando de furioso vengador de sus hermanos, si bien honesto, se convirtió en el más manso de los hombres de la tierra, evidencia el poder de la fe y el influjo del Espíritu en el corazón. La historia de San Marcos proporciona un ejemplo del cambio opuesto y aun más extraño: de la timidez a la valentía. Si es difícil someter las más violentas pasiones, no obstante, creo que es aún más difícil vencer una tendencia a la pereza, la cobardía y el desaliento. Estas malas inclinaciones se adhieren al hombre y lo agobian. Son cadenas diminutas que lo atan por todos lados a la tierra, de tal manera que no puede moverse por sí mismo ni hacer un esfuerzo para levantarse. Pareciera como si los principios rectos aun tuvieran que ser sembrados en la mente indolente; mientras que los temperamentos violentos y obstinados ya tuvieran en ellos algo de la naturaleza de firmeza y celo, o mejor, de lo que llegará a ser así con cuidado, práctica y la bendición de Dios. Además, los acontecimientos de la vida tienen una influencia poderosa en moderar el temperamento ardiente o confiado de sí. Las decepciones, el dolor, la ansiedad, la edad madura, traen consigo cierta sabiduría natural como cosa normal, y, si bien tal mejoramiento tardío solo indica una fe débil, no obstante, podemos creer que el Espíritu Santo con frecuencia bendice estos medios, lenta e imperceptiblemente. Por otra parte, estas mismas circunstancias no hacen sino incrementar los defectos de los tímidos e indecisos, que con los años se hacen



*San Pedro dicta el Evangelio a San Marcos.  
Marfil sirio de finales del siglo VII.*

más indolentes, egoístas y pusilánimes, y hallan cierta sanción a su indigna cautela en su experiencia de las vicisitudes de la vida.

El cambio de San Marcos, por tanto, puede considerarse aun más asombroso por su naturaleza, que el del legislador judío. “Por la fe” se hizo “fuerte en la debilidad” y se convierte en memorial de los dones más gloriosos y maravillosos de la Dispensación última y espiritual.

Veamos en qué consistió la debilidad de San Marcos. Se da una defección repentina que surge de la confianza en sí mismo. De igual carácter fue la de San Pedro: había confiado demasiado en sus meros buenos sentimientos; fue honesto y sincero, y pensó que podía hacer lo que quería hacer. ¡Qué lejos están uno de otro el querer y el obrar!, sin embargo somos propensos a confundirlos. A veces, por cierto, el deseo serio de un objeto, por un impulso repentino, supera las dificultades, y tendrá buen éxito sin práctica previa. El entusiasmo, por cierto, obra maravillas de este modo, al igual que los hombres de débil constitución a veces por

una excitación extrema, infligen golpes de una fuerza increíble. Y a veces la avidez nos coloca casi en la extenuación; y así, eliminados los primeros obstáculos, continuamos como cosa natural con un esfuerzo comparativamente pequeño. Todo esto, atestiguado de vez en cuando, nos impresiona con una convicción, desconocida para nosotros, de que un temperamento sanguíneo es la condición principal del éxito de toda obra. Y cuando, en nuestra imaginación solitaria, fantaseamos estar asumiendo una parte ardua de cierto emprendimiento importante, o cuando vemos a otros hacerse realmente los hombres, el heroísmo parece ser tan fácil, que no podemos admitir la posibilidad de nuestro fracaso, si las circunstancias no nos llaman a ninguna obligación dificultosa. San Pedro creyó que podía conservar su integridad, porque así lo deseaba, y cayó, por ignorar la dificultad que implicaba hacer lo que deseaba.

En la historia de San Marcos, sin embargo, no tenemos ninguna evidencia de confianza en sí mismo; más bien, podemos discernir en ella el estado



*Marcos consagra obispo a Aniano*



*Marcos predica el Evangelio.  
Tablillas de marfil del siglo VIII,  
Castello Sforzesco, Milán.*

de multitudes que hoy siguen por la vida con cierto sentido de religión en su mente, han sido bien educados y conocen la Verdad, y se conducen respetablemente mientras que el peligro está lejos, pero que deshonran su profesión de fe cuando les llega una prueba inesperada. Su madre era una mujer de influencia entre los cristianos de Jerusalén; el hermano de su madre, Bernabé, era un Apóstol eminente. Sin duda había recibido una educación religiosa, y siendo el amigo de los Apóstoles y en el seno de la Iglesia inmaculada de Cristo, tuvo ante sus ojos los mejores modelos de santidad, la más clara enseñanza y los más plenos influjos de la gracia y estuvo protegido contra la tentación. Llegó el momento en que su verdadera eficacia en la fe iba a ser probada. Pablo y Bernabé fueron enviados a predicar a los paganos, y llevaron a Mar-

cos con ellos como asistente. Primero navegaron hasta Chipre, la patria de Bernabé; la recorrieron y luego cruzaron al continente. Esta parece haber sido la primera entrada en un país desconocido. Marcos se desalentó ante la perspectiva del peligro y retornó a Jerusalén.

Ahora bien, ¿quién no vislumbra que este carácter, esta prueba y esta caída pertenecen a otros días, aparte de aquellos de los Apóstoles? O mejor, para hacernos la pregunta más a propósito a nosotros, ¿quién negará que existen multitudes dentro de la Iglesia del presente que no tienen ninguna evidencia para sí, salvo esa fe y virtud pasivas, las que en el caso de Marcos demostraron no tener fuerza ni aún para una pequeña prueba? ¿Quién no tiene ciertas dudas en el corazón, de que en tiempos como los presentes, en que la solidez cristiana es tan poco probada, de que su propia lealtad a la causa del Salvador no sea, tal vez, menos auténtica y menos sólida que aquélla del hijo de la hermana del gran Apóstol? Cuando la Iglesia está en paz, como lo ha estado por largo tiempo en este país, cuando está conservado el orden público de la comunidad y asegurados los derechos de la persona y la propiedad, existe el peligro extremo de juzgarnos a nosotros mismos por lo que está fuera de nosotros y no por lo que está adentro. Damos sentado que somos cristianos, porque hemos sido enseñados correctamente y asistimos con regularidad a las ceremonias religiosas cristianas. Pero, por importantes que sean el privilegio y la obligación de emplear los medios de gracia, la lectura y la oración, no son suficientes, ni por sí mismos nos harán cristianos. Nos darán un conocimiento correcto y sentimientos buenos, pero no una fe sólida y una obediencia estable.

Los cristianos como Marcos abundarán en una Iglesia próspera, y si llegara la tribulación, no estarán preparados para ella. Tanto tiempo han estado acostumbrados a la paz exterior que no quieren ser persuadidos de que el peligro está cerca. Se asegurarán en su imaginación que han de vivir y morir sin ser perturbados. Miran los acontecimientos del mundo, como lo expresan, con optimismo, y arguyen en la autodecepción. Luego hacen concesiones para realizar sus propias predicciones y deseos; y renuncian a la causa cristiana, que los no creyentes



no se empeñan en atacar abiertamente. Algunos de ellos son personas de gusto cultivado y refinado, que evaden la vida ardua de peregrinos a la que han sido llamados, como algo raro y extravagante. Consideran a aquellos que asumen una visión más simple de las obligaciones y perspectivas de la Iglesia como entusiastas, precipitados e inmoderados, o perversos. Hablando sencillamente, un estado de persecución no es (lo que familiarmente se llama) su elemento: no pueden respirar en él. Lamentablemente, qué diferente del Apóstol, quien había aprendido a conformarse en cualquier estado en que se hallara, y que fue todo para todos.

Si entonces existen temporadas en que nos hemos entorpecido por un estado de seguridad prolongado, y nos sentimos tentados a preferir los tesoros de Egipto al reproche de Cristo, ¿qué podemos hacer, qué debemos hacer, sino tan solo rogar a Dios de un modo u otro para que pruebe el corazón mismo de la Iglesia, y nos atribule más bien ahora que no después? Por terrible que sea la perspectiva del triunfo temporario de Satanás, por feroces que sean los cascotes de sus jinetes y por detestable que sea la causa por la cual combaten, no obstante, mejor que esa angustia recaiga sobre nosotros ahora, y no que los retiros de nuestra herencia deban ser los lugares ocultos de un espíritu desenfrenado y las escuelas de la tibieza. ¡Quiera Dios surgir y sacudir terriblemente la tierra (aunque sea este un ruego terrible), antes que los irresolutos deban permanecer ocultos entre nosotros y las almas perderse por la circunstancia presente! Permitamos que El surja, si no hay otra alternativa y nos corrija con Su dulce disciplina, como mejor puedan soportarla nuestros corazones, poniendo

de manifiesto nuestros pecados en este mundo, para que no seamos condenados en el día del Señor; avergonzándonos en esta vida, censurándonos por boca de Sus siervos, luego restableciéndonos y llevándonos por un camino mejor a la esperanza más verdadera y más santa! Permitamos que El nos biele, hasta arrancar la cizaña! Aunque, invocándole de este modo, no sepamos lo que pedimos, y, presintiendo que el fin es bueno, no obstante no podemos estimar dignamente la calidad del espanto de ese castigo del que tan libremente hablamos. Indudablemente no valuamos, no podemos valuar, los terrores de los juicios de Dios; empleamos palabras desmerecidamente. Sin embargo, no puede ser un error emplearlas, considerando que son la mejor ofrenda que podemos hacerle a Dios; y, así le rogamos que mientras tanto nos guíe y nos dé la fortaleza para soportar la prueba cuando ésta caiga sobre nosotros. Así podríamos cuestionar a los evangelistas por desertores tímidos de la causa de la verdad, hablando las palabras de Cristo y manifestando Su vida y Su muerte; surgiendo fortalecidos de nuestros sufrimientos, y edificando la Iglesia en el rigor y celo de aquellos que desprecian esta vida excepto cuando nos conduce a la otra.

Y por último, no olvidemos las ventajas que poseemos, a causa de una imaginación exaltada y un anhelo vano de las glorias de días pasados. No necesitamos tener las tribulaciones de los Apóstoles para alcanzar su fe. Aun en los tiempos más calmos podemos alcanzar una santidad elevada, si mejoramos los medios recibidos. Las pruebas llegan cuando olvidamos los favores, para que los recordemos y nos preparen para disfrutarlos y emplearlos apropiadamente. *L*

# Los testigos del Evangelio

Festividad de San Felipe y Santiago, apóstoles

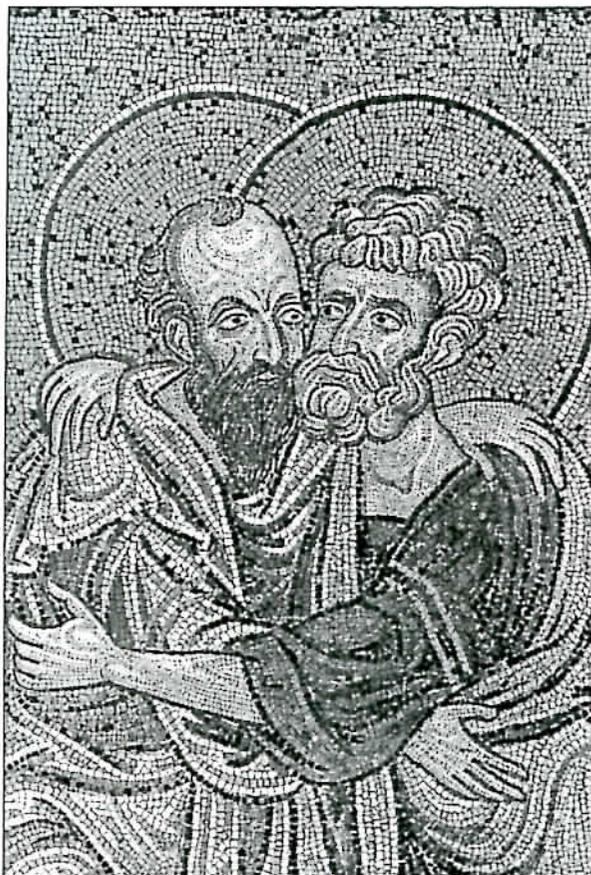
*“Por el testimonio de dos o tres testigos, se decidirá todo asunto”*  
(II Co 13, 1)

**P**lugo a Dios Todopoderoso, en Su gran misericordia, darnos una evidencia acumulada de la verdad del Evangelio; enviar a Sus testigos muchas veces, Profeta tras Profeta, Apóstol tras Apóstol, milagro tras milagro, para poder cautivar la razón, y también recompensar la fe, por medio de la plenitud de Sus revelaciones. La doble festividad que hoy celebramos, nos recuerda esto. Nuestra celebración de hoy está caracterizada por la conmemoración de dos apóstoles, que en nada están asociados juntos en nuestra memoria excepto por haber sido Apóstoles y testigos separados de la vida, muerte y resurrección de Cristo. Así, esta unión de los días festivos de los Apóstoles, como quiera que se haya originado servirá para recordarnos la diversidad y número de los testigos que nos han entregado la única y la misma Verdad Sagrada.

Pero, es más que esto. Aun los Doce Apóstoles, muchos como fueron, no forman toda la compañía de testigos otorgados. Para confirmarnos más precisamente que la Palabra se ha encarnado y ha habitado entre los hombres, otro testigo diferente nos ha sido dado en la persona de San Pablo. ¿Qué podría ser necesario más allá de la predicación de los Doce? Todos ellos fueron seguidores de Cristo, habían oído Sus palabras y embebido Su Espíritu; y al estar de acuerdo todos y cada uno de ellos en el asunto de su testimonio, pudieron proporcionar a aquellos que la requerían, evidencia plena de que, si bien su Maestro no escribió Su Evangelio con propia mano, no obstante lo poseemos intacto y completo. Pero El hizo más que es-

to. Cuando llegó el tiempo de darlo a conocer al mundo en general, mientras que iba iniciando sus mentes en la gracia plena de la Nueva Alianza, llegando tanto a los gentiles como a los judíos, hizo surgir para Sí, por milagro e inspiración directos, un testigo nuevo e independiente del Evangelio de entre Sus perseguidores; de manera que desde ese momento la Dispensación tuvo (por así decir) un segundo comienzo, y avanzó sobre un doble fundamento: por una parte la enseñanza de los Apóstoles de la Circuncisión, por otra la de San Pablo. Dos escuelas de la doctrina Cristiana existieron de inmediato, si es lícito emplear la palabra “escuela”, para denotar una diferencia entre los Apóstoles, no de la doctrina misma, sino de la historia. De la escuela de los gentiles, fueron San Lucas, San Clemente y otros seguidores de San Pablo. De la escuela de la Circuncisión, San Pedro, y más aún, San Juan, Santiago y, podemos agregar, San Felipe. Santiago es conocido por pertenecer a esta última escuela, por su historia como Obispo de Jerusalén; y si bien poco sabemos de San Felipe, sin embargo lo que sabemos indica que estaba en el rango de San Juan, al que siguió (como nos informa la historia) observando la regla judía para celebrar la Fiesta de Pascua y no la tradición de San Pedro y San Pablo. Me propongo en esta Festividad, presentar ante vosotros ciertas consideraciones que surgen de esta visión de la historia bíblica.

El cristianismo era y no era una religión nueva cuando se predicó por primera vez al mundo en general. Pareció reemplazar la Ley Judía, pero fue meramente su cumplimiento, su desarrollo y su



*El abrazo entre San Pedro y San Pablo. Mosaico de la catedral de Monreale, Palermo, Italia.*

madurez oportunos, que en un sentido desaparecía, y en otro, se perpetuaba para siempre. Este punto no es necesario probarlo ahora. Me referiré, con ejemplos, al lenguaje de las profecías, como por ejemplo, al capítulo 49 del Libro de Isaías, en el cual la Iglesia judía es consolada en sus aflicciones con la promesa de su propagación y triunfos (es decir, en su forma cristiana) entre los gentiles. “Dijo Sión: El Señor me ha abandonado, mi Señor se ha olvidado de mí. ¿Puede acaso la mujer olvidarse del niño de su pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues aun cuando ellas pudieran olvidar, Yo no te olvidaré! Alza en torno los ojos y mira: todos ellos se han reunido y han venido a ti. ¡Por Mi vida! dice el Señor, que con todos ellos como con velo nupcial te adornarás, y te ceñirás con ellos como una novia... Los hijos que tendrás después de haber perdido a los otros, te dirán al oído: El lugar es demasiado estrecho para mí, cédeme espacio para habitar. Entonces dirás a tu corazón: ¿Quién me los ha engendrado? Pues yo había quedado sin hijos y estéril, cautiva y repudiada... Mirad que alza-

ré Mi mano hacia los gentiles, y hacia las naciones levantaré Mi estandarte; ...y los Reyes serán tus tutores, y sus reinas tus nodrizas”. La Iglesia judía, por lo tanto, no fue reemplazada, si bien sí lo fue la nación. Meramente se convirtió en la Iglesia cristiana, y así fue y no fue, a un mismo tiempo, la misma que había sido antes.

Siendo este el doble aspecto de las relaciones de Dios con Su Iglesia, cuando llegó el tiempo de exhibirla en su nueva forma como Iglesia Católica, no como una Institución local, Le plugo hacer un cambio correspondiente en el ministerio interno de la Dispensación: impuso a San Pablo la obligación particular de entregar y adaptar formalmente al mundo en general esa Antigua Verdad Esencial, cuya custodia ya la había encomendado a Santiago y San Juan. Por consiguiente, de esta diferencia accidental de oficio, los lectores superficiales de la Escritura a veces han hablado como si hubiera una diferencia real entre las doctrinas respectivas de aquellos instrumentos favorecidos de la Providencia. Los no creyentes han objetado que San Pablo introdujo una nueva religión, la que Jesús nunca enseñó; y por otro lado, existen cristianos que sostienen que la doctrina de San Pablo es peculiarmente la enseñanza del Espíritu Santo, e intentan reemplazar tanto las palabras de Nuestro Señor registradas por escrito y aquellas de Sus primeros seguidores. Ahora bien, es una circunstancia muy notable, que Dios Todopoderoso haya hecho dos comienzos para Su Evangelio. Cuando hayamos avanzado lo suficiente en el conocimiento de lo sagrado como para poder entender cómo ambos armonizan y concuerdan entre sí en ese sistema maravilloso que presenta el cristianismo, el cual fue edificado sobre ambos, entonces hallaremos material abundante para alabar este acuerdo Providencial. Pero al principio, sin duda hay algo que requiere explicación: pues notamos, en realidad, qué diferentes clases de partidarios religioso edifican sus respectivas doctrinas sobre un fundamento y sobre el otro, sobre los Evangelios y sobre las Epístolas de San Pablo. Los más entusiastas sobre este último, los fríos, orgullosos y herejes sobre el primero; y si bien podemos estar bien seguros de que

ninguna parte de la Escritura favorece ni la frialdad ni el fanatismo y en particular, podemos rechazar celosamente la impiedad como también la perversidad osada, que hallarían apoyo para un Credo imperfecto en las palabras celestiales de los Evangelistas, el hecho mismo de que los partidos hostiles consientan en dividir el Nuevo Testamento en estas dos mismas partes, es suficiente a primera vista para demostrar que existe una diferencia u otra, ya sea de substancia o doctrina, la cual requiere una explicación.

Este estado del caso, sea o no una dificultad, pienso que puede, de todos modos, convertirse en una evidencia a favor de la verdad del cristianismo. Haré unas pocas observaciones para explicar mi propósito. Tampoco es superfluo llamar la atención sobre el tema, porque, aunque los puntos de evidencia raramente son válidos para la conversión de los no creyentes, sin embargo, son siempre edificantes e instructivos para los cristianos, pues confirman su fe y los colman de admiración y alabanza para las obras maravillosas de Dios, las cuales tienen cada vez más el sello de la Verdad en ellas, cuanto más profundamente las examinamos. Este fue el efecto producido en la mente de los Apóstoles por sus propios milagros, y sobre los Santos del Apocalipsis ante la visión de los juicios de Dios, incitándolos a exclamar con reverencia y acción de gracias: “¡Señor, Tú eres Dios, que hiciste el cielo y la tierra!” “Grandes y maravillosas son Tus obras, Señor Todopoderoso; justos y verdaderos Tus caminos, ¡oh, Rey de los Santos!” (Hech 4, 24; Ap 15, 3).

Mi observación entonces es simplemente esta: suponiendo que pueda demostrarse la existencia de unanimidad esencial de la enseñanza entre los escritos respectivos de San Pablo y de sus hermanos, entonces la diferencia existente, cualquiera que sea, de fraseología, de tema, o de origen histórico, en una palabra, la diferencia de escuela, solo hace más notable esta conformidad, y después de todo, solo los garantiza como dos testigos independientes de la misma Verdad. Esclareceré ahora con ejemplos este argumento.

Supongo que los puntos de diferencia a considerar entre San Pablo y los Doce son los siguientes: que San Pablo, en el momento de su conversión, “no pidió consejo ni a la carne ni a la sangre, ni subió a Jerusalén donde estaban los Apóstoles anteriores a él” (Gal 1, 16-17); que según lo que vemos en la Escritura, aparece allí cierto tipo de

diferencia al considerar la Dispensación, entre San Pablo y los primeros Apóstoles; que San Pablo en una ocasión “resistió cara a cara a Cefas”, y dice que “en cuanto a aquellos que eran tenidos por notables”, refiriéndose aparentemente a Santiago y a Juan, “a él nada le importó” (Gal 2, 6-11); y San Pedro, por otra parte, observa, que en las Epístolas de San Pablo “hay algunos pasajes difíciles de entender” (II Pe 3, 16); en tanto que Santiago hace idónea la doctrina de San Pablo en lo que respecta a la preeminencia de la fe (St 2, 14-26); que Santiago, para no mencionar a San Juan, estaba establecido, habiendo asumido a su cargo un episcopado local, en tanto que San Pablo estaba sujeto a lo que hoy llamamos obras misioneras, y fundó iglesias sin asumir el gobierno de ninguna de ellas; que San Pablo habla con particular seriedad en lo que respecta a la derogación de la Ley Judía, y de la admisión de los gentiles dentro de la Iglesia, temas estos que los demás Apóstoles no los proponen claramente; que San Pablo proclama precisa y enérgicamente que somos elegidos para la salvación por la gracia gratuita de Dios y justificados por la fe (Rm 5, 1), y plantea, a modo de sistema, toda la santidad y espiritualidad cristianas desde este comienzo; en tanto que Santiago dice que somos justificados por las obras (St 2, 24), San Juan dice que “seremos juzgados cada uno según nuestras obras” (Rev 20, 13), y San Pedro que “el Padre juzga según la obra de cada uno sin acepción de personas” (I Pe 1, 17), frases que no son sino símbolos del carácter personal de ellos y de la enseñanza de nuestro Señor; y por último, que se da más expresión de sentimientos ardientes y activos hacia Dios y los hombres en los escritos de San Pablo que en aquellos de sus hermanos.

Este no es el momento para dar la explicación que se requiere en esta lista de contrastes; ni existe por cierto ninguna dificultad real (me es lícito decir) en reconciliar una parte con la otra, cuando el corazón es recto y el juicio bastante claro y estable. Esto se ha realizado frecuentemente de la manera más satisfactoria. Pero tomémoslos como se presentan, antes de toda explicación; que el disputador saque el mejor partido de estos contrastes. Al menos ha sido evidenciado que San Pablo y Santiago fueron dos testigos independientes (ya sea en acuerdo o no) de las doctrinas del Evangelio, lo cual está abundantemente confirmado por todas estas circunstancias sobre las que a veces se expresan detalladamente los opositores, como por

ejemplo la educación peculiar de San Pablo, sus conexiones y su historia. Tomemos estas diferencias en el peor de los casos, y luego, considerad por otra parte, la conformidad maravillosa en la opinión después de todo, en el modo de pensamiento, sentimiento y conducta, y más aún, en la fraseología religiosa, entre las dos escuelas (como las he llamado), más maravilloso aún, considerando que la idea misma del sistema cristiano en todas sus partes era virtualmente una nueva realidad dentro de la generación particular en la que fue proclamado. Y si esto no nos imprime la convicción de que en medio de este sistema cristiano estaba una Mano invisible, una Presencia Divina controlando los instrumentos humanos de Su obra y gobernándolos para que estuviese en conformidad al predicar Su Palabra, a pesar de las diferencias de disposición y educación naturales, seguramente también podríamos negar la intervención del Creador, Su poder, sabiduría y bondad, en los designios del mundo material.

Los siguientes son algunos de los ejemplos de la clase de conformidad de que he estado hablando.

1. Acepta el Nuevo Testamento como lo habéis recibido, porque merece la observación, de que a pesar de lo que los partidistas desearían, después de todo, no podemos dividir sus contenidos entre las dos escuelas consideradas. Admitiendo que hubiera dos principios obrando en el desarrollo de la Iglesia cristiana, están inextricablemente unidos en cuanto a los documentos de fe, de manera que los partidos modernos en cuestión, sea su opinión particular correcta o errónea, están intentando un retorno al estado anterior a la existencia del Nuevo Testamento, por decir lo menos. Considerad la Epístola a los Hebreos, que sería evidencia suficiente, si no hubiera ninguna otra, de la conformidad de la doctrina de San Pablo con la de Santiago. Por disputado que sea el autor de esta Epístola, no obstante nos llega de la Escuela de San Pablo, si no de este mismo Apóstol. El paralelismo entre aquella y sus escritos reconocidos no aceptan ninguna otra suposición. Ahora bien, examinadla desde el principio al final, observad bien sus exhortaciones sobre la obediencia, sus advertencias contra la apostasía, su anuncio solemne de los terrores del Evangelio, y además, su trato honorable de la Ley judía, a la que presenta como cumplida (siguiendo la doctrina de nuestro Salvador), no reemplazada irrespetuosamente por el

Evangelio, y luego decid si esta sola Epístola no es un recuerdo maravilloso de la unidad esencial del Cedo evangélico entre todos sus primeros propagadores. Considerad también las Epístolas a Timoteo y a Tito, las cuales son reconocidamente de San Pablo, y tratad de discriminar, si podéis, entre el carácter ético que ponen de manifiesto, y aquél de la Epístola de Santiago. Luego observad la posición de los escritos de San Lucas en el Nuevo Testamento, un evangelista que sigue el lenguaje de San Mateo, pero que fue compañero de San Pablo. Examinad los discursos de San Pablo en el Libro de los Hechos, y considerad, si no es al mismo tiempo el Apóstol de los gentiles y el discípulo amigo de aquellos que habían servido al Ministerio de Nuestro Señor (ver p.e. Hec 20, 25 y 23,31). Considerad también la historia de San Pedro, y observad si las revelaciones divinas que él recibió para convertir a Cornelio, no forman un eslabón entre “el Evangelio de San Pablo” y aquél de sus primeros hermanos.

Y por último, calculad las partes excepcionales de los escritos de San Pablo, en las que podemos suponer que este Apóstol expresa una doctrina diferente del resto y determinad su extensión y número. ¿Acaso son más que los nueve capítulos en sus Epístolas a los Romanos, cuatro en la de los Gálatas, tres en la de los Efesios, un pasaje en la de los Colosenses y unos pocos versículos en la de los Filipenses? ¿No hay en los otros capítulos de estas mismas Epístolas declaraciones claras y explícitas que se oponen a estas supuestas peculiaridades, que están en acuerdo con Santiago, y así protestan (por así decir) contra aquellos que se paran a los Apóstoles que Dios ha unido juntos? Estas serán ejemplificadas de inmediato; pero por el momento considerad el total de las Epístolas recién mencionadas, y no podréis obtener más que cinco de las catorce, que es el número total de sus Epístolas, y aunque sagradas y confiables, después de todo, no son de mayor importancia y dignidad que algunas de las otras nueve. Parecería entonces, por el carácter mismo del Nuevo Testamento, que las diferencias entre la doctrina de San Pablo y aquella de sus hermanos (sean lo que fueran), admitieron una amalgama, en cuanto se refiere a la Enseñanza cristiana, desde el momento en que este oficio se ejerció por primera vez en la Iglesia.

2. En el caso de los primeros Apóstoles, no podemos confundir la intención de entregar y explicar la enseñanza de su Divino Maestro. Ahora

bien, San Pablo, proclamando predicar el Evangelio de Cristo, no pudo sino admitir tener él también la misma intención; pero debemos notar, considerando que él no estuvo con Nuestro Señor en la tierra, su total consagración al solo pensamiento de Cristo, lo cual sería más que notable, si San Pablo no hubiese sido elegido y llamado por designio Divino, como creemos. Simón el Mago proclamaba ser cristiano, pero su propósito era ensalzarse a sí mismo. Fue muy posible que San Pablo reconociera a Cristo en un sentido general, y aun así no haber predicado a Cristo en la práctica. Pero ¡qué lleno está de su Salvador! No podría haberlo estado más, si le hubiera servido a lo largo de todo Su ministerio en sus días sobre la tierra. El modo de pensar de Cristo es el solo pensamiento del que Pablo vive; su amor ardiente, su unión devota, su celo y reverencia, son los de quien había “oído y visto, y contemplado y tocado a la Palabra de vida” (I Jn 1, 1). ¡Qué confirmación extraordinaria tenemos en estas palabras de la soberanía del Salvador Invisible! ¿Qué fueron Pablo y Santiago, sino “ministros” por quienes el mundo creyó en El? Obviamente no fueron nada excepto ministros. Este es un cumplimento sorprendente de la proclamación de nuestro Señor referente al ministerio del Espíritu; “El me glorificará” (Jn 16, 14). San Juan lo escribe; San Pablo lo ejemplifica.

Es notable también, la conformidad de San Pablo con los demás Apóstoles al referirse a las palabras y actos de Nuestro Señor, si bien no se dan muchas oportunidades para esto en sus escritos; es decir, y está claro, que no ensalzaba un mero nombre o idea, más de lo que lo hizo el resto, sino a una Persona, a un Maestro realmente existente. Por ejemplo, San Juan dice: “Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos” (I Jn 1, 3); y San Pedro, “Nosotros mismos escuchamos esta voz, venida del cielo, estando con El en el Monte Santo” (II Pe 1, 18); y nuevamente, “Somos testigos de todo lo que El hizo” (Hech 10, 39). De igual manera San Pablo enumera, como su “Evangelio”, no meros principios de religión, sino los hechos de la vida de Cristo, volviendo a esa misma parte de la Dispensación, en la que él era inferior a sus hermanos: “Os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después... a más de quinientos hermanos a la vez... Luego se apareció a Santiago; más tarde a

todos los Apóstoles”; y agrega con expresiones de auténtica humildad personal: “y en último término se me apareció también a mí” (I Co 15, 3-8). También, en sus instrucciones para la celebración de la Cena del Señor, se refiere detalladamente a la manera en que la ordenó Nuestro Señor, como está relatado en los Evangelios; y nuevamente, en el capítulo séptimo de la misma Epístola, pareciera haber una referencia repetida a las palabras de nuestro Señor en el Evangelio: “En cuanto a los casados, les ordeno, no yo sino el Señor”. En el mismo capítulo el versículo que comienza: “Os digo esto para vuestro provecho”, ha sido supuesto con razón referido al relato de San Lucas de la queja que hace Marta de su hermana María, y a las palabras de Nuestro Señor al respecto de la misma. En su primera Epístola a Timoteo, alude a la presencia de Nuestro Señor ante Pilato. En su despedida a los presbíteros de Efeso, ha conservado una de sus sentencias que no está en los Evangelios: “Mayor felicidad hay en dar que en recibir” (Hec 20, 35). Y en la Epístola a los Hebreos se hace referencia a la agonía de Cristo en el huerto.

3. La doctrina de la Encarnación, o la Economía evangélica, incluyendo las dos verdades importantes de la Divinidad de Cristo y Su Sacrificio Expiatorio, (hasta donde sabemos) no fue claramente revelado durante el ministerio de Nuestro Señor. No obstante, observamos la estrecha conformidad de San Pablo con San Juan. “La Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios, y la Palabra se hizo carne” (Jn 1, 1-14). “Cristo Jesús, el cual, siendo de condición Divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que Se humilló a Sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres” (Fl 2, 5-8). San Juan llama a Cristo “el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre” (Jn 1, 18), y San Pablo, “Su Primogénito” (Heb 1, 6). San Juan dice, que El “lo ha contado” (Jn 1, 18), y en Sus palabras sagradas que “El que Me ha visto a Mí, ha visto al Padre” (Jn 14, 9), y San Pablo afirma que El es “la Imagen del Dios Invisible” (Col 1, 15), “el resplandor de Su gloria y la impronta de Su sustancia” (Heb 1, 3). San Juan dice, “Todo se hizo por El” (Jn 1, 3) y San Pablo, que “por El hizo Dios los mundos” (Heb 1, 2). Además, dice San Juan, “la sangre de Jesucristo nos purifica de todo pecado” (I Jn 1, 7) y San Pablo, que “en El tenemos la redención por Su sangre, aun el perdón de los pecados” (Col 1,

14); San Juan, que “si alguno peca, tenemos un Abogado ante el Padre, Jesucristo el Justo” (I Jn 2, 1) y San Pablo, que El “está a la diestra de Dios, y que intercede por nosotros” (Rom 8, 34). San Juan, que “El es víctima de propiciación no solo por nuestros pecados, sino también por los del mundo entero” (I Jn 2, 2) y San Pablo, que “El ha reconciliado” a judíos y gentiles “en un solo Cuerpo por medio de la cruz” (Ef 2, 16).

Ahora bien, considerando el misterio de estas doctrinas, la probabilidad de que existiera cierta diversidad de enseñanza, en el caso de dos mentes diferentes, y las verdaderas diferencias existentes entre varias sectas de aquel tiempo, considero esta concordancia precisa entre San Juan y San Pablo (hombres que bajo toda apariencia fueron tan diferentes entre sí por naturaleza como los hombres podrían ser) con poca necesidad de demostrar la realidad de las doctrinas divinas de las que ellos son testigos. “El testimonio de dos o tres hombres es verdadero”; y aún más claramente entonces en este caso, suponiendo (lo que los no creyentes pueden mantener, pero solo ellos) que existía cierta rivalidad de escuelas entre estos santos Apóstoles.

4. Continuemos nuestra revisión: San Juan y San Pablo presentan la doctrina de la Regeneración, ambos la relacionan con el Bautismo, ambos denuncian al mundo como pecador y perdido, ambos enseñan el privilegio peculiar de los cristianos, como hijos adoptivos de Dios, y hacen depender de la fe la concesión de este privilegio y de todos los demás (Jn 3, 3-5; 16; 19; I Jn 3, 1; 5, 19; Rm 3, 19; 5, 1-2; 8, 14-15; Tt 3, 5ss). Ahora bien, las ideas y los términos empleados son peculiares; y, después de conceder lo que podría haber sido anticipado en dispensaciones anteriores y escuelas existentes de religión, si se pudiera demostrar que mucho de esta doctrina siempre había sido familiar a la Iglesia judía, esto no da razón de la unanimidad con la que ellos respectivamente la adoptan y modifican. Agrego ciertos textos bíblicos paralelos a esta parte del tema. San Juan entrega la predicción de Nuestro Señor: “Si Me voy, os enviaré el Paráclito; El os guiará a toda verdad” (Jn 16, 7, 13) y San Pablo, “a nosotros nos lo ha revelado Dios (los misterios del Evangelio) por medio del Espíritu” (I Co 2, 10) y “todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según Su voluntad” (I Co 12, 11). San Pablo dice, “es Dios el que nos establece

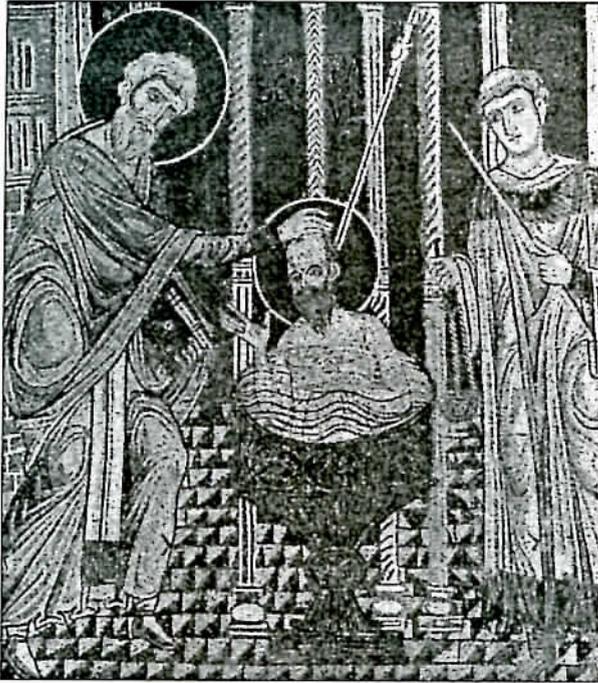
juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió” (II Co 1, 21) y San Juan, “vosotros estáis ungidos por el Santo” (I Jn 2, 20). San Juan afirma, de acuerdo a la enseñanza de su Señor, “ha, un pecado que es de muerte, por el cual no digo que el hombre pida” (I Jn 5, 16) y San Pablo que “es imposible que aquellos que una vez fueron iluminados y a pesar de todo cayeron, se renueven otra vez mediante la penitencia” (Heb 6, 4-6).

5. Todos recordamos la alabanza de San Pablo a la caridad como el cumplimiento de la Ley y el precepto característico del Evangelio. No obstante, ¿no está su importancia preeminente claramente presentada por San Juan, cuando dice “sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos” (I Jn 3, 14) y la naturaleza de la misma por Santiago en su descripción de “la sabiduría que viene de lo alto?” (St 3, 17). También hemos de observar que el precepto de nuestro Señor, adoptado de la Ley, de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos ha sido transmitido a la vez por San Pablo y Santiago (Rom 13, 9; St 2, 8).

6. Sabemos que nuestro Señor ha puesto un énfasis especial en la obligación de la limosna. San Juan y Santiago siguen a nuestro Señor enfatizando este tema (I Jn 3, 17; St 2, 15-16), y de igual manera San Pablo. Las palabras del Apóstol a los Gálatas son de particular importancia en este punto, al reconocer expresamente su conformidad con sus hermanos. “Y reconociendo la gracia que me había sido concedida, Santiago, Cefas y Juan, que eran considerados como los pilares nos tendieron la mano en señal de comunión a mí y Bernabé: nosotros nos iríamos a los gentiles, y ellos a los circuncisos; solo que nosotros debíamos tener presente a los pobres, cosa que he procurado cumplir con todo esmero” (Gal 2, 9-10).

7. Cristo ha insistido particularmente en la abnegación, la mortificación de vida, llevando nuestra cruz. San Pablo clara y firmemente entrega la misma doctrina, manifestando que él mismo “estaba crucificado con Cristo” (Gal 2, 20), y “moría cada día” (I Co 15, 31). Podemos mencionar aquí el ayuno, como una obligación en la que San Pablo comprende y hace efectivo el sistema religioso de nuestro Señor.

8. No es necesario observar la urgencia y constancia de San Pablo en sus exhortaciones a la intercesión, sin embargo, Santiago le iguala en su breve Epístola, la cual contiene un pasaje más lar-



Bautismo de San Pablo.

go y más enfático que cualquiera que podamos hallar sobre el tema en San Pablo (Ef 6, 18; I Ts 5, 17; St 5, 14-18). También, ambos Apóstoles insisten en la práctica del canto de los Salmos sagrados como una obligación: “¿Sufre alguno de vosotros? Que ore. ¿Está alguno alegre? Que cante Salmos” (St 5, 13), “recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos espirituales” (Ef 5, 19).

9. San Pablo da gran importancia a la Santa Eucaristía, más aún, para él la Iglesia está agradecida por la evidencia clara y directa que poseemos de la virtud sacramental de su institución. Muy diferente es el comportamiento de los innovadores, que se impacientan nada más que por las instituciones que hallan establecidas. También reconoce la obligación del Día del Señor (Hec 20, 7; I Co 16, 2), siendo el Apóstol que denuncia, al igual que otros ritos judíos, también el Sábado.

10. San Judas nos exhorta a “combatir seriamente por la fe que una vez ha sido entregada a los Santos” (Jd 3). De igual manera, San Pablo prescribe a Timoteo a “conservar la norma de las palabras sanas que de él había oído” (II Tm 1, 13), y a Tito a “atenerse a la palabra fiel que es conforme a la enseñanza, a fin de que sea capaz de exhortar con la sana doctrina y convencer a los que la contradicen” (Tito 1, 9). San Pablo nos exhorta a

“andar en la Verdad por el amor” (Ef 4, 15). San Juan dice, que él “ama a Gayo en la Verdad” (III Jn 1).

11. Hemos de observar que nuestro Señor habla de predicar Su Evangelio no principalmente como un medio de conversión, sino como un testimonio contra el mundo. Este es un fundamento reconocidamente notable que ha de guardar el Fundador de una nueva religión. “El Evangelio del Reino será proclamado en el mundo entero, en testimonio a todas las naciones” (Mt 24, 14). En efecto, Cristo mismo dio testimonio ante el pagano Pilato, “Yo para esto nací y para esto vine al mundo, a fin de dar testimonio de la Verdad” (Jn 18, 37). Pero, seguramente, es aún más notable que el Apóstol de los gentiles asumiera precisamente la misma opinión, aun en lo referente a la Confesión de Nuestro Señor ante Pilato, cuando da a Timoteo el encargo de predicar la Verdad (I Tm 6, 13; II Co 2, 16), proclamando que el Evangelio es “olor que de la muerte lleva a la muerte” como también “olor que de la vida lleva a la vida”, presagiando el crecimiento de “los malos y embaucadores” después de su partida (II Tm 3, 13).

12. Observad la conformidad de sentimientos en los siguientes textos bíblicos. Santiago, enseñando por su Señor y Maestro, dice: “Poned por obra la Palabra y no os contentéis solo con oírla, engañándoos a vosotros mismos” (St 1, 22). Y San Pablo casi con las mismas palabras dice que “no son justos delante de Dios lo que oyen la ley, sino que serán justificados los que cumplen la Ley” (Rm 2, 13). Y también, si no supiéramos de dónde vienen los siguientes pasajes, ¿no debiéramos asignárselos a Santiago? “Dios dará a cada cual según sus obras: a los que, por su perseverancia en el bien busquen gloria, honor e inmortalidad: vida eterna; más a los contenciosos, indóciles a la verdad y dóciles a la injusticia: cólera e indignación... pues no hay acepción de personas en Dios” (Rm 2, 6-8; 11). Esto, como también el texto recién citado, se halla en la apertura de esa Epístola, en la que San Pablo más parece diferir de Santiago. Ahora bien, observad de qué manera la concluye: “¿Por qué juzgas a tu hermano? Y tú, ¿por qué desprecias a tu hermano? En efecto, todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo... Pues cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios” (Rm 14, 10-12). Y nuevamente en otra Epístola: “Porque es



*Martirio de San Pablo.*

necesario que todos nosotros seamos puestos de manifiesto ante el tribunal de Cristo; para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, el bien o el mal. Por tanto, conociendo el temor del Señor, persuadimos a los hombres" (II Co 5, 10-11).

13. San Juan, según el ejemplo de nuestro Señor, sugiere especial alabanza para aquellos que siguen una vida célibe, implicando la letra en el espíritu, como frecuentemente se da en la Escritura (Oseas 13, 14; Jn 11, 23, 40; 13, 8; 18, 9). Y especialmente, por ser un caso paralelo, Mt 18, 3-6, y nuevamente Mt 10, 38 y Rev 7, 14)\*

"Estos son los que no se han manchado con mujeres, pues son vírgenes; estos siguen al Cordero a dondequiera que vaya" (Ap 14, 4). San Pablo alaba aún más el mismo estado, y da la misma razón por su peculiar santidad: "El no casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor... Os digo esto para vuestro provecho... para que podáis servir al Señor asiduamente" (I Co 7, 32-35).

14. San Pablo dice: "No os inquietéis por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de acción de gracias" (Fl 4, 6); de igual manera San Pedro, "descargad sobre El

todas vuestras preocupaciones, porque El mismo se preocupa de vosotros" (I Pe, 5, 7). Y ambos según la exhortación de nuestro Señor, "no os preocupéis por el mañana; pues el mañana se preocupará de sí" (Mt 6, 34).

15. Y por último, así como Cristo predice las visitas de la Iglesia judía, y la necesidad de esperarlas, así San Pedro afirma, "el fin de todas las cosas está cerca, sed pues prudentes y sobrios para poder dedicaros a la oración" (I pe 4, 7) y Santiago, "también vosotros tened paciencia: confirmad vuestros corazones porque la venida del Señor está cerca" (St 5, 8) y San Pablo de igual manera, "sea de todos conocida vuestra sencillez. El Señor está cerca" (Fl 4, 5).

Estos ejemplos pueden ser suficientes para hacer notar el argumento en favor de la verdad del cristianismo, la cual, según pienso, radica en la diferencia histórica existente entre las respectivas escuelas de San Pablo y Santiago. Esta diferencia existe, como todos debemos asentir: quiero decir que San Pablo, en realidad, comenzó su predicación sobre sus propias revelaciones independientes. Y así, de cualquier modo que seamos capaces, como todo cristiano seguramente lo es gradualmente en la medida de su diligencia y oración, para reconciliar y satisfacerse a sí mismo respecto a las discordancias aparentes de doctrina entre San Pablo del resto de los Apóstoles, después de todo debe seguir siendo suficiente como base para edificar el anterior argumento. Al mismo tiempo, como para asegurar la armonía histórica de toda la Dispensación, nos es lícito oponer a nuestra información respecto a este origen diferente de las dos Escuelas apostólicas: los hechos siguientes: primero, que San Pablo

\* Newman agrega en nota lo siguiente: "El paralelo es puesto de manifiesto instructivamente en pasajes separados del "Christian Year" (libro de poemas religioso escrito por Keble)... En otras palabras, infancia, virginidad, martirio, son tipos y niveles de perfección religiosa en la Escritura, como están representadas en los tres días santos que siguen a la Navidad: San Esteban, San Juan y los Santos Inocentes. Así también la pobreza, (Lc 6,10; 12, 33; Mt 11,5.3). Pero esta regla de interpretación y la luz que arroje sobre las obligaciones evangélicas y el carácter cristiano, no puede ser aludida más que como una nota.



*Santiago.*  
Mosaico de la  
catedral de  
Monreale,  
Palermo,  
Italia.

siempre se consideró eclesiásticamente subordinado a la Iglesia de Jerusalén y a Santiago, como lo demuestra el Libro de los Hechos; segundo, que San Juan el discípulo amado, que “estuvo en Cristo antes que él” fue elegido para sobrevivirlo y, como Administrador fiel, para sellar, reconocer y entregar a la Iglesia, después de él, la enseñanza pura y verdadera de su Señor en forma inviolada.

En lo referente al punto de conformidad y diferencia doctrinales, que me he ocupado de determinar, casi no necesito observar, que más allá de la controversia, la conformidad es la substancia, la naturaleza y el oficio del Mediador, los dones que El nos otorga y el estado de la mente y las obligaciones que requiere el cristiano, mientras que la diferencia de doctrina entre ambos, aun admitiendo que exista una diferencia, solamente se relaciona, a lo sumo, a los designios divinos, al sentido en que la Ley judía ha sido derogada y a la condición de la justificación, ya sea por la fe o por las obras. No desestimaré (¡Dios no lo quiera!) estas u otras cuestiones sobre las que ha hablado la inspiración; es nuestra obligación investigar diligentemente todo punto y coma de la Verdad que por la gracia nos ha sido revelada y mantenerla. Pero ahora estoy hablando como a un no creyente, y este debe confesar, que viendo el Credo evangélico en lo que podemos llamar sus proporciones históricas, una diferencia de opinión referente a estos últimos temas, no puede desvirtuar esa conformidad real y

substancial del Sistema, visible en el curso de la doctrina que expresan respectivamente los dos testigos.

Luego, hablando como un cristiano, que no admitirá que exista ni incoherencia entre los documentos inspirados de la fe, ni puntos de importancia trivial en la revelación, observo sin embargo, que el anterior argumento nos proporciona certeza adicional referente a las doctrinas características como también a la verdad del cristianismo. Una conformidad entre San Pablo y San Juan a favor de cierta doctrina es una conformidad no de meros textos bíblicos, sino de testigos diferentes, una evidencia de la prominencia de la doctrina entregada en el sistema Evangélico. De este modo, y quizás de ningún otro, conocemos el carácter trascendental de ciertos dogmas de la Revelación que los herejes han negado, como por ejemplo la Eternidad, o también la Persona de la Palabra divina.

Más aún, nos es lícito de este modo cerciorarnos más claramente que el amor es su esencia, —sus principales características, resignación y serenidad de la mente, ni ansiosa por el mañana, ni esperanzada en este mundo, —y sus obligaciones, la limosna, la abnegación, la oración y la alabanza.

Y por último, la circunstancia misma de que Dios Todopoderoso haya elegido este modo de introducir el Evangelio en el mundo, quiero decir, este empleo de un doble instrumento, abre un amplio ámbito de pensamiento, si tuviéramos la luz para encontrar providencias paralelas que parecen yacer en medio de los caminos de Sus relaciones con la humanidad. Como se dan las cosas, solo podemos observar con los Apóstoles en admiración y adoración los misterios de Sus designios. “¡Oh, profundidad de riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán inescrutables son Sus juicios, y cuán insondables Sus caminos! Porque, ¿quién ha conocido el pensamiento del Señor? O ¿quién ha sido Su consejero? O ¿quién le ha dado primero, para que en retorno tenga derecho a la recompensa? Porque de El, y por El, y para El son todas las cosas. A El sea la gloria por los siglos! Amén” (Rm 11, 33-36).✠

*Traducción y revisión*  
*Marta Chemes*  
*Fernando M. Cavaller*

# Santiago y Juan

Traducción: Jorge Ferro

Echaron dos hermanos libremente su suerte  
con el Hijo, heredero del Reino de David.  
Sin atender al costo de la guerra,  
dieron por ganada la batalla.

Hermanos de corazón, esperan  
alcanzar una misma alegría.  
Puedan dos hombres permanecer uno,  
como el niño era uno con el niño.

Los oyó Cristo: aun consiéndolo  
que cayera Santiago como presa  
primera de la furia de Satán.  
Juan se tardó más que sus amigos  
para morir, con muchos días y sin sangre.

Ahora una vez más unen sus manos  
ante el trono del Vencedor, arriba.  
Así es que Dios escucha la plegaria,  
pero es su amor quien dispone, como suyos,  
los tiempos y caminos.

En el mar

22 de junio de 1833

Two brothers freely cast their lot  
With David's royal Son;  
The cost of conquest counting not,  
They deem the battle won.

Brothers in heart, they hope to gain  
An undivided joy;  
That man may one with man remain,  
As boy was one with boy.

Christ heard; and will'd that James should fall,  
First prey of Satan's rage;  
John linger out his fellows all,  
And die in bloodless age.

Now they join hands once more above,  
Before the Conqueror's throne;  
Thus God grants prayer, but in His love  
Makes times and ways His own.

At sea

June 22, 1833

De "El Misterio de la Iglesia"

Antología publicada por el "International Newman's Friends" de Roma

# Seguro en las manos de Dios

Si nos dejamos arrastrar por la corriente del mundo, viviendo como los demás hombres, recogiendo nuestras ideas religiosas aquí y allá, donde fuere, tendremos poca o ninguna noción de una providencia particular. Nosotros sabemos que el Dios Omnipotente trabaja a grande escala; pero no alcanzamos a comprender la maravillosa verdad de que Él ve y piensa en los individuos. No alcanzamos a creer que Él está realmente presente en todas partes, que Él está dondequiera que nosotros estamos, aun cuando no lo veamos.

P. S. III 116 (5-4-1835)

Los hombres hablan de la bondad de Dios de una manera general, de Su benevolencia, de Su compasión y de Su tolerancia; pero piensan en todo ello como en un torrente que se derramase a través de todo el mundo, como en la luz del sol, no como la acción continuamente repetida de una Mente inteligente y viva, que contempla aquello que visita, y que quiere aquello que efectúa.

P. S. III 117-118 (5-4-1835)

"Dios, que ha mandado que del seno de las tinieblas brillase la luz, que ha hecho brillar la luz en

nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo" (II Co 4, 6), o sea en una forma sensible, como un ser realmente existente de forma individual. Y, al mismo tiempo, Él comenzó desde el principio a hablarnos como a individuos. ...Así, de alguna manera su revelación fue cara a cara.

P. S. III 155 (5-4-1835).

...Cuando estemos a punto de juzgar cómo la Providencia tiene cuidado de otros hombres, haríamos bien en considerar primero lo que ha hecho por nosotros.

G. A. 421 (1870).

...Pero aquí abajo, vivir significa cambiar, y ser perfecto significa haber cambiado frecuentemente.

Dev 40 (1845)

Tú me has hecho pasar de año en año, y con Tu maravillosa Providencia de la juventud a la madurez, con la más perfecta sabiduría, y con el más perfecto amor.

M. D. 381 (Ed 1893)

Por tanto consideremos la Providencia de Dios con nosotros de una manera más religiosa de cuanto lo hemos hecho hasta ahora. Tratemos de obtener una visión más verdadera de lo que somos, y de dónde estamos, en Su reino.

P.S. V 84 (22-9-1838)

Grabemos... profundamente en nuestros corazones la convicción de cuán misteriosamente las cosas pequeñas están conectadas en este mundo con las grandes; y cómo cada uno de los instantes aprovechados o perdidos, son la salvación o la ruina de todos los intereses de mayor importancia.

P.S. II 114 (2-2-1831)

Cuando vayamos a orar en la Casa del Señor, llevemos dentro de nosotros la idea de que cualquier tiempo de culto puede... ser conectado maravillosamente con alguno de Sus antiguos propósitos, anunciado antes de que nació, y que puede tener un determinado influjo sobre nuestro bien eterno...

P.S. II 115 (2-2-1831)

Que el buen Señor salva Su Iglesia en esta hora de peligro; ¡cuando Satanás trata de minar y comprometer lo que no puede atacar abiertamente! ¡Que Él haga surgir los instrumentos de su gracia, "que no ignoren las tácticas" del Malvado, con ojos abiertos, con corazón fuerte, con brazos vigorosos para defender el tesoro de la fe que una vez fue encomendado a los Santos, y para levantar y dar la alarma a sus hermanos que tropiezan!

P.S. II 116 (2-2-1831)

Los hombres imperceptiblemente forman sus opiniones llevados de sus deseos. Si por ejemplo vemos que humanamente hablando nuestros prospectos mundanos dependen de una cierta persona, nos inclinamos a hacerle la corte, a rendirle honores, a adoptar sus puntos de vista, y a confiar en su brazo de carne, hasta que olvidamos el poder soberano de la Providencia de Dios, y la necesidad de Su bendición, para construir la casa y defender la ciudad.

P.S. VII 64 (23-1-1825)

Dios tiene derecho a Su propia obra, y a hacer cuanto quiera con ella. ¿No podríamos abandonarla en Sus manos, y sentirnos contentos?

Apo 158 (1864)

Hay dos sistemas providenciales que trabajan entre nosotros, el visible y el invisible, que se cruzan, por decirlo así, y que tienen un cierto territorio común; y en muchos casos no conocemos los límites exactos de cada uno.

Mir 186-187 (1843)

¡Qué admirable es sin duda la Providencia, tan silenciosa y sin embargo tan eficaz, tan constante, tan sin error! Esto es lo que pulveriza el poder de Satanás. Este no puede discernir la mano de Dios en cuanto sucede; y aunque llegase a encontrarla y a toparse con ella, en su loca y blasfema rebelión contra el cielo, no podría encontrarla. Aunque es astuto e inteligente, sin embargo sus mil ojos y sus muchos instrumentos de nada le sirven contra el silencio sereno y majestuoso, contra la santa paz imperturbable que reina a través de las providencias de Dios

P.S. IV 259 (7-5-1837)

Historical Sketches, vol. II.  
La Iglesia de los Padres, cap. X, p. 185-206.

# Martín y Máximo

Traducción de Inés de Cassagne

Continuando la serie de "Bocetos Históricos" sobre los Padres de la Iglesia –que Newman redactó durante su período "anglicano" y cuyo estudio lo condujo hacia la Iglesia Católica Romana–, presentamos el consagrado a San Martín de Tours.

¿Quién no oyó hablar de San Martín, obispo de Tours y confesor? En nuestro mundo occidental al menos, es bien conocido de nombre por las iglesias que le están dedicadas. Desde los primeros tiempos hubo una en la ciudad que más tarde habría de ser Canterbury, mientras que se conocen pocas o ninguna, dedicadas a San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Basilio y San Atanasio. Y si pensamos cuántos templos llevan el nombre de los apóstoles y cuántos guardan piadosamente el nombre terrestre de quienes puede decirse que no 'dejaron recuerdo' y son 'como si no hubiesen existido' –por ejemplo San Jorge o San Nicolás–, cabe resaltar el caso de San Martín por ser a la vez tan bien conocido y venerado en tantas partes, afamado en vida y honrado luego, si bien murió, en los últimos años del siglo IV. Su sucesor en Tours construyó una capilla sobre su tumba en esta ciudad. Aproximadamente sesenta años más tarde, San Perpetuo, también de Tours, edificó una iglesia a donde trasladó sus restos. En el transcurso de los otros setenta años siguientes, su nombre había adquirido el derecho de ciudadanía que aún conserva en Canterbury. Poco después se le consagraron iglesias en Roma y en España. Es el único,

entre los confesores, que tiene un oficio propio en los más antiguos breviarios. También en la misa del papa Gregorio Magno es nombrado, y su memoria figura siguiendo a Nuestra Señora y los apóstoles: "Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián, Hilario, Martín, Agustín, Gregorio, Jerónimo, Benito y todos los santos".

Mi intención es presentar simplemente al lector un ligero esbozo de su historia que nos ha llegado de una fuente auténtica, al igual que la de San Antonio, si bien ninguno de los dos dejó nada escrito. Y si el biógrafo de este último fue un amigo –San Atanasio– que lo veía de tanto en tanto, el de San Martín fue Sulpicio Severo, un discípulo suyo, un íntimo, un testigo ocular y además un hombre cultivado, de formación clásica, que redactó sus recuerdos ya durante la vida de su héroe y cuando estaban muy frescas sus impresiones.

Martín nació hacia el 316 en Panonia, en una ciudad que actualmente forma parte de Hungría. Su padre era un pagano que comandaba una cohorte. Un soldado no tiene hogar, y su hijo, criado en Pavía, en el norte de Italia, recibió apenas una educación elemental. No sabemos lo que influyó

*San Martín obsequia la mitad de su capa a un mendigo. Iglesia de San Martín de los Bosques, Francia.*



en Martín, pero a los diez años, por voluntad propia y contra la de sus padres, se acercó a la Iglesia y se inscribió como catecúmeno. Bajo el influjo de sus primeras impresiones religiosas, concibió el deseo de retirarse al desierto como solitario. No obstante, las cosas no suceden aquí abajo según nuestros deseos. A los quince años, a instancias de su padre, se enroló en el ejército donde permaneció cinco años como soldado, y en ese tiempo fue enviado a la Galia. Se cuenta que a los dieciocho, estando en la guarnición de Amiens, encontró en la puerta de la ciudad a un hombre pobre apenas cubierto. Era pleno invierno y el frío más riguroso que de costumbre. Martín no llevaba más que su capa de soldado y sus armas. El joven tomó su espada, cortó en dos su capa y le dio la mitad al pobre. Los que presenciaron esta acción la criticaron o la admiraron según sus modos de ver, sin que él los tomase en cuenta. La noche siguiente tuvo un sueño: vio a Nuestro Señor cubierto con la mitad de la capa que él le había dado al pobre hombre.

Esta divina visión se impuso tanto más al joven cuando oyó que decía a los ángeles: "Martín, que no es más que un catecúmeno, me ha vestido con esta capa". Bastó esto para que Martín pidiese el bautismo de inmediato, y dos años después dejó el ejército. De los catorce años siguientes no sabemos nada; luego recurrió a San Hilario, quien llegaría a ser obispo de Poitiers y confesor ilustre en medio de las dificultades causadas por el arrianismo. Empero, le tocaría a Martín precederlo en el sufrimiento por la misma causa santa. Mas, por de pronto, fue a visitar a sus padres, que por lo visto se habían retirado a Panonia, con el fin de convertirlos. En un recodo de los Alpes cayó en manos de bandidos. Sulpicio cuenta así el incidente: "Uno de ellos empuñó un hacha y la arrojó sobre su cabeza, mas otro la interceptó. Pero le ataron las manos por detrás y lo entregaron a la vigilancia de uno de los bandidos mientras lo robaban. Este hombre lo llevó aparte y le preguntó quién era. A lo que él respondió: '¡Un cristiano!' El otro le in-

quirió entonces si tenía miedo. Martín le declaró sin vacilar que nunca se había sentido más tranquilo, confiando plenamente que el Señor, en su misericordia, lo acompañaba de una manera especial en la prueba; y que más bien se entristecía por él, que se hacía indigno de la piedad de Cristo al vivir de rapiñas. De inmediato abordó el tema del Evangelio y le predicó la palabra de Dios. La consecuencia fue que el ladrón se volvió creyente, lo llenó de atenciones y lo recondujo a la ruta implorando sus plegarias. A ese hombre se lo vio practicar la religión en adelante, y de sus propios labios obtuvimos el relato. " (Vit.Mart, c.4).

Martín logró ganar a su madre, pero su padre permaneció pagano. En esa zona del Illiyricum, que entonces era casi por entero arriana, Martín confesó la doctrina católica, fue apresado, azotado y echado de la ciudad. Se sabe poco de ese período de su vida. Expulsado del Illyricum, se replegó a Milán en 356, cuando tenía cuarenta años, y allí vivió en soledad hasta que nuevamente fue expulsado. Entonces Martín cumplió lo que le había prometido a Hilario al partir. Enterado de que éste había regresado de su propio exilio, se encaminó a Poitiers para ir a su encuentro, tras nueve o diez años de separación. Allí fundó el primer establecimiento monástico de Francia.

Fue consagrado obispo de Tours en 372, casi al mismo tiempo que Ambrosio y Basilio asumían sus respectivas sedes y que moriría Atanasio. Había partidos que se oponían a su elección alegando, según cuenta Sulpicio, que "no era digno del episcopado, descuidado en su modo de vestir y mal peinado". Pero esto se debía a que era monje, y no dejó de ser monje cuando se convirtió en obispo. En la medida de lo posible deseaba seguir siendo lo que había sido hasta entonces, y juzgaba que en aquel período anterior de su vida solitaria había sido más favorecido que durante su episcopado. Sobre ello dice Sulpicio:

"Siguió siendo exactamente lo que era, humilde de corazón y despreocupado de la apariencia,

sin que la total autoridad y gracia que correspondía a la dignidad episcopal fuese obstáculo a la austeridad y virtud del monje. Un tiempo vivió en una celda junto a la iglesia. Pero, al no poder soportar tantas visitas, se construyó un monasterio a unas dos millas de la ciudad, en un lugar secreto

y retirado para que no le faltara la soledad del desierto. De un lado estaban los picos rocosos y los precipicios de una montaña, y del otro pasaba el río Loira formando un recodo. No había más que una sola vía de acceso al monasterio, muy estrecha. La celda de Martín era de madera. Muchos lo imitaron en esto, si bien la mayoría cavaron las suyas en la montaña. Eran ochenta los que se pusieron bajo la guía del santo maestro. Todo era común, nadie poseía algo propio, ni estaba permitido comprar ni vender, según la regla habitual de los monjes. El único oficio que ejercían los jóvenes era la transcripción de códices, mientras los de más edad se consagraban a la oración. Rara vez salían de sus celdas, salvo para ir al oratorio. Comían en común cuando no era tiempo de ayuno, sin probar vino a menos que la fatiga física lo requiriese. En general vestían un hábito de piel de camello considerando impropio llevar otro más delicado, lo cual es tanto más notable si tenemos en cuenta que la mayoría provenían de la nobleza y que, habiendo recibido una educación muy diferente, se constreñían a esta humildad y a esta abnegación. Muchos de ellos

fueron luego obispos: ¿qué ciudad o iglesia, en efecto, no desearía sacerdotes provenientes del monasterio de san Martín?" (Vit.M.c.7).

Un día, alguien que se había beneficiado por las oraciones de Martín, le envió cien libras de



*Busto de San Martín que se encuentra en la basílica dedicada al santo en Roma*

plata. Martín las apartó para rescatar cautivos y cuando un hermano le insinuó que no tenían provisiones y que los hábitos estaban gastados, le respondió: "La Iglesia nos alimenta y nos viste con una sola condición: que no nos guardemos nada para nosotros." (Dial.III,19)

De acuerdo con un pasaje citado antes, vemos que San Martín, aunque no era un intelectual, puso su instituto monástico al servicio de la teología. Su monasterio de Marmoutier se hizo famoso, y adoptó más tarde la Regla de San Benito.

San Martín era tanto un hombre de acción como de meditación, y su episcopado se caracterizó por empresas osadas que bastan para convencer al lector moderno que su historia no puede ser tachada de misticismo ni de indolencia. La Galia era aún casi pagana, a pesar de que sus ciudades habían recibido desde tiempo atrás la luz del cristianismo y que había tenido el singular privilegio de contribuir a la Iglesia con Padres griegos y latinos. Marsella, Lyon, Vienne, Toulouse, Tours, Arles, Narbona, Orleans, París, Clermont y Limoges eran sedes episcopales. Pero los campesinos no estaban evangelizados y frecuentaban aún los templos de los ídolos. Es difícil precisar los límites de la diócesis de Martín, quizás no estuvieran determinadas con exactitud. Se habla de sus proezas evangelizadoras al este de Tours, en Borgoña y en los alrededores de Autun, y al norte, hacia Chartres; alrededor, las sedes más próximas eran Poitiers, Limoges, Clermont y Orleans. Se menciona su presencia, por cuestiones políticas o sinodales, en París, Tréveris y Vienne.

En los primeros años del episcopado de Martín, la ley prohibía los sacrificios humanos, y la sumisión a este edicto prueba al menos que las gentes no estaban ya tan influidas por su vieja religión. Martín se propuso extirparla y, entrando sin armas en los templos, altares, estatuas, bosques sagrados y ceremonias del falso culto, acompañado por sus hermanos monjes, se presentó a la multitud bárbara, la convirtió y logró que se le uniera, rechazando el error que antes había venerado. ¿Cuáles fueron los medios de su éxito? Según su biógrafo y contemporáneo, lo soste-

nía un influjo divino que se manifestaba en sus milagros. A raíz de sus conquistas se lo considera el Apóstol de las Galias y esta alta misión basta para explicar su poder milagroso, semejante al de Agustín, el apóstol de Inglaterra.

Martín no solo se dedicó a los bárbaros e idólatras, tuvo que resistir a un soberano poderoso, como le había tocado también a San Basilio tiempo antes. Pero mientras éste hubo de enfrentarse con la persecución, Martín se halló ante una táctica diferente, la de la lisonja. Es más difícil resistir a la sonrisa del mundo que a su odio. Veamos cómo el astuto monarca trató de tentar a un pobre monje.

Aquel soberano con quien Martín entró en conflicto era Máximo, el usurpador de Gran Bretaña, de Galia y de España, que ya conocemos a través de la historia de San Ambrosio. Cuando Graciano se volvió impopular, Máximo fue proclamado emperador por los soldados de Gran Bretaña e invadió la costa opuesta con una gran parte de la nación británica —que se estableció a partir de entonces en Bretaña— y se le unieron los ejércitos de Galia. Graciano había huido de París a Lyon, sostenido tan solo por trescientos hombres de a caballo. El gobernador de Lyon lo apoyó, y el general de la caballería de Máximo lo per-



*Dolmen pagano en Bretaña, cristianizado.*



*San Martín, con los paramentos episcopales*

siguió hasta alcanzarlo y asesinarlo. Esta ignominia cayó, como es lógico, sobre el usurpador, a quien se le achacó el crimen, por más que éste protestara, con razón o no, de no haber conocido las intenciones de su subordinado. Con igual energía afirmaba —quizás sinceramente— que él había sido elegido contra su voluntad por las legiones de Gran Bretaña. Es lo que confirma Sulpicio al decir que hubiera sido “un hombre muy digno de elogio por lo excelente de su vida, si hubiera podido rechazar la corona ilegítimamente colocada sobre su cabeza, y abstenerse de la guerra civil”, pero comentando que “ese gran poderío no podía ser rechazado sin riesgos ni ser mantenido sin las armas” (Dial. II, 7)

Cuando Máximo estableció su corte en Tréveris, allá fueron muchos obispos para interceder, dado su cargo, en favor de los cautivos, exiliados, proscriptos y otros comprometidos en las guerras civiles. Martín también fue, y pronto se notó la enorme diferencia que había entre él y sus otros congéneres. Mientras éstos se comportaban ante el usurpador como esclavos lisonjeros, Martín no olvidaba su condición y autoridad de apóstol, obligado a tratar a aquel soldado encumbrado, no según su éxito, sino según su conducta.

En vano Máximo lo invitó muchas veces a su mesa imperial. Martín se negó alegando —dice Sulpicio— que “no podía compartir la hospitalidad de alguien que había privado de su imperio al emperador, y a otro de su vida”. “No obstante —continúa el biógrafo— cuando Máximo declaró que no

había tomado el poder por propia voluntad, que no había hecho más que defender con las armas aquella soberanía obligada que las tropas, y la divina providencia, le habían impuesto, puesto que el favor divino no habría de ser ajeno a quien obtuvo tan gran éxito, y que no había matado enemigos más que en el campo de batalla, Martín accedió a sentarse a la mesa imperial y el emperador se alegró vivamente de haberlo convencido” (Vita, c.23).

Pero parece que Martín no quedó tan satisfecho de su concesión al tiempo que Máximo estaba decidido a sacar provecho de ella. El día de la recepción fue de gala. Fueron invitados los principales personajes de la Corte y el monje Martín fue ubicado junto al usurpador, y el sacerdote que lo asistía entre dos condes del más alto rango, el hermano y el tío de Máximo. En medio del banquete, según la costumbre, le tendieron a Máximo una copa de vino, y él se la pasó a Martín para que la probase primero y la pasase a su vez con la bendición y los votos que solía dispensar un obispo. Martín la tomó y bebió, pero vio el artilugio y, en lugar de tenderla al emperador, se la pasó al sacerdote dando a entender que éste tenía un rango superior a todos los demás convidados, incluso los más nobles, de los allí reunidos.

Máximo era astuto y quizás pensaba haber descubierto en Martín un punto débil. Demostró admiración por su conducta y sus invitados lo imitaron. Martín ganó más con su autoridad que los otros con su servilismo. Pero, terminada la fiesta,

no terminaron los asaltos del emperador contra el santo: le ofreció un vaso de porfirio que fue aceptado.

Entonces Máximo hizo penitencia —con qué grado de sinceridad es imposible decirlo— y parece que finalmente obtuvo de San Martín la absolución de sus crímenes. Con frecuencia lo llamaba y se mostraba de acuerdo con sus ideas, al igual que la emperatriz. Pero su celo por la fe ortodoxa lo llevaba a querer sostenerla con la espada.

De allí que Martín, durante su estadía en la corte, también tuvo que interceder para preservar de la espada imperial a algunos herejes que habían sido tratados con un extremo rigor por la jerarquía local y el poder civil. Este fue el caso de los priscilianistas de España cuyo principal perseguidor era Itacio. Sucedió que Prisciliano, hombre de gran cuna, capacidad y carácter, se había puesto a diseminar en España una forma egipcia de herejía gnóstica o maniquea, formando un gran partido. La nueva doctrina se propagó en todo el país hispánico e incluso fue abrazada por algunos obispos. Un concilio los condenó, y ellos se vengaron nombrando a Prisciliano obispo de Ávila. Entonces el concilio apeló al poder civil contra los herejes, y los herejes apelaron a su vez al papa Dámaso, en Roma. Como no lograron su apoyo, trataron de convencer a San Ambrosio, obispo de Milán. Y como tampoco éste cedió, llevaron el asunto a la Corte imperial. Entonces Martín se dirigió en persona a Máximo para evitar las ejecuciones pues decía que “era más que suficiente que los herejes, después de ser condenados por decisión episcopal, fueran excomunicados de las iglesias” y que constituía “una impiedad, por parte de un juez tempo-

ral”, el entremeterse luego en el asunto (Hist. II). Pero no fue escuchado por Máximo. Y así terminaron sus relaciones con éste y con el gran mundo. Volvió a Tours, donde vivió dedicado a su monasterio y a su diócesis.

Hacia el fin de su vida, a pesar de sentir el peso de sus ochenta años, se encaminó a un lugar alejado de su diócesis para apaciguar una querrela que había surgido entre algunos miembros de su clero. Cuando se puso en camino, sus fuerzas lo abandonaron de pronto y fue presa de la fiebre.

Comprendiendo que su muerte estaba próxima, Martín reunió a sus discípulos y les anunció que se iba. Ellos se lamentaron y le imploraban que no abandonase al rebaño, no fuera que cayese en manos de lobos. Conmovido, el santo oró con estas palabras que se hicieron famosas en la Iglesia: “Señor, si todavía soy necesario para tu pueblo, no eludo el trabajo, ¡hágase tu voluntad!”. Su intención fue escuchada, si no el ruego. La fiebre persistió. Durante la enfermedad, Martín continuaba sus devociones como de costumbre, reclamando que lo revistieran de cilicio y lo acostasen sobre ceniza. Como los discípulos le rogaran que aceptase paja en vez de ceniza, les contestó: “Hijos míos, a un

“Jesucristo no viene con el orgullo del espíritu y de la dialéctica filosófica. Éstos son ropajes brillantes que reviste Satanás. Estamos rodeados de muchos espíritus que provienen del abismo, acreditados por el despliegue de dones intelectuales, de belleza, de riqueza, de profundidad, de originalidad. ¡Oh, cristiano! Obsérvalos bien con Martín en silencio y pídeles la marca de los clavos.”

cristiano le conviene morir sobre ceniza. No podría daros otro ejemplo.” Ellos hubieran querido ponerlo de lado para que fuese menos duro, pero él les dijo que prefería ver el cielo, no la tierra, para emprender su último viaje. Y viendo cerca al un mal espíritu, lo increpó: “Miserable, no hallarás nada en mí; he aquí el seno de Abraham que me recibe.



San Atanasio

Esta carta, según surge de su contexto, fue escrita a un amigo personal en el momento de la muerte de San Martín, y los recuerdos del santo son relatados con vivacidad y simplicidad a la vez. Circuló en la cristiandad con asombrosa rapidez, pero las notas milagrosas que contenía fueron para muchos un tropiezo. Por ello, en la última de sus publicaciones, Sulpicio dio los nombres de testigos oculares que aún vivían para confirmar sus propios dichos. "Que nadie desconfíe, pues Martín no necesita ser recomendado con mentiras. Declaro ante ti, Jesucristo, la fidelidad de mi relato entero; no he dicho ni diré nunca más que lo que he visto con mis propios ojos o lo que me han dicho testigos sinceros y lo que he recogido en gran parte de propios labios del santo." (Dial. III, 5)

Martín murió un domingo a medianoche, fue sepultado en Tours y dos mil monjes de los suyos asistieron al funeral. Tenía ochenta años y llevaba veinticinco como obispo. Su fiesta figura en el calendario el 11 de noviembre, fecha de la muerte o del entierro. Sus restos fueron conservados en su ciudad episcopal hasta la época de los hugonotes, que los quemaron. Se dice empero que han quedado alguna parte de ellos.

San Martín es famoso por su poder de hacer milagros y hasta se afirma que resucitó a algunos muertos. Al igual que San Antonio, Martín fue perseguido por el diablo en persona. Uno de estos asaltos resulta tan instructivo y cuadra tan bien con el relato precedente y con nuestra época, que lo consignaré como digno remate:

"Estaba Martín rezando en su celda, cuando el espíritu maligno se presentó rodeado de un fulgor

radiante a fin de engañarlo más fácilmente. Vestido como un rey, con corona de oro y diamante y calzado cubierto de oro, con el rostro sereno y la mirada brillante, lo que menos parecía era el diablo. Martín quedó atónito y durante un tiempo ambos guardaron silencio. Por último, empezó el diablo diciendo: 'Reconoce lo que estás viendo, Martín. Yo soy Jesucristo, que he descendido a la tierra y deseo manifestarme a ti primero'. Martín seguía callado. El demonio insistió: 'Martín, ¿por qué vacilas sin creer? Bien ves que soy Cristo'. Pero él, comprendiendo por inspiración del Espíritu que no era Dios sino el diablo, le respondió: 'Jesús, el Señor, no dijo que vendría con ropas brillantes y con una diadema radiante. Yo sólo creería si lo viese en el estado y forma que tenía cuando padeció y si me mostrase las heridas de la cruz'. A estas palabras, el otro desapareció como un humo que llenó la celda de un olor horrible, prueba indudable de que era el diablo. Este hecho me fue contado por el propio Martín, y lo digo para que nadie me tache de fabulador." (Vita Mart. 25).

La aplicación de esta visión a la época de Martín va de suyo. Para la nuestra, pienso que significa que Jesucristo no viene con el orgullo del espíritu y de la dialéctica filosófica. Éstos son ropajes brillantes que reviste Satanás. Estamos rodeados de muchos espíritus que provienen del abismo, acreditados por el despliegue de dones intelectuales, de belleza, de riqueza, de profundidad, de originalidad. ¡Oh, cristiano! Obsérvalos bien con Martín en silencio y pídeles la marca de los clavos. ☩

“ Sería un gran error por nuestra parte pensar que hemos de abandonar nuestras ocupaciones temporales y retirarnos del mundo si queremos servir a Dios como es debido.

El cristianismo es una religión para el mundo, tanto para los hombres de negocios e influencia social como para los pobres. ”

*(Historical Sketches, II, 94)*